

25 190 1922

La Esfera

Año IX  Núm. 448

Precio: Una peseta



REPUBLICA
DE ESPAÑA
MINISTERIO DE CULTURA

LEED
Hombre de amor
 Y
Un hombre extraño

Dos volúmenes de 350 páginas cada uno, que contienen la emocionante vida dolorosa de un galán afortunado, escrita por el amenísimo novelista

El Caballero Audaz

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

PEDIDOS:

Editorial "Mundo Latino".—Apartado 502, Madrid



DEBE SU VICTORIA al VALOR a la DISCIPLINA y al PICADILLO DE JAMÓN SIBERIA. Mi lomo de latas consumidas por el valeroso ejército de operaciones en Marruecos han contribuido a la victoria. Excelente fiambre para excursiones, viajes, etc. Ventas al por mayor de 4 a 5 ptas. kg. en latas de 1/8, 1/4 y 1/2 kg.

Terraza-Restaurant
LA PLAYA

El mejor sitio de Gijón * Gran Café * Sobre la misma playa
Gregorio Martín del Río
 PROPIETARIO

LIBROS
 DE
BARRIOBERO

Contra giro de cinco pesetas, certificados: **De Cánovas a Romanones** (estudios económicos). **Matapán** (relatos picarescos). **El hombre desciende del caballo** (novela).

22, Príncipe, 22
 (ADMINISTRACIÓN)

LAS MISMAS PALABRAS

por

Roberto Molina

(Dibujos de Manchón)

es el título del número que

LA NOVELA SEMANAL

publica hoy sábado

25 céntimos ejemplar en toda España

La
Canción Popular

REVISTA MUSICAL

Publica siempre las canciones de más éxito.

1.º	Cielito lindo (segunda edición)	1	pta.	} Número atrasado
2.º	Maldito Tango	1	>	
3.º	El Bolsillo y el Manguito	1	>	
4.º	No es amor cual golondrina	1	>	
5.º	Así es el fado	Extraordinario	1,50	} Número corriente
6.º	¡Ay, Aurora!	0,60	>	
7.º	¿Se puede vivir?	0,60	>	
8.º	Los labios	0,60	>	

Venta en las librerías y quioscos de periódicos.

PRECIOS DE LA SUBSCRIPCIÓN

(con derecho a los números extraordinarios)

Trimestre, 6 pesetas; semestre, 12, y año, 20.

Pedidos, enviando su importe en Giro Postal o sellos, a

"LA CANCIÓN POPULAR", Fuencarral, 13, Madrid

Rogamos a nuestros corresponsales, suscriptores, anunciantes y a todas aquellas personas que se dirijan a nosotros para asuntos administrativos, extiendan la dirección en el sobre en la siguiente forma:

Prensa Gráfica

Apartado 571

MADRID

SULFHYDRAL CHANTEAUD
 de PARIS

a base de Sulfuro de Calcio puro muy eficaz para preservación y Tratamiento de la GRIPPE, ANGINA, BRONQUITIS, LARINGITIS, CATARRALES, SARAMPION, COQUELUCHE, VIRUELA.
 DEPÓSITO EN LAS BUENAS BOTICAS y URIACH C^a, 49, Bruch, BARCELONA

SE VENDEN

los clichés usados en esta Revista. Diríjanse a esta Administración, Hermosilla, 57

PARIS Y BERLÍN
 Grand prix et Medailles d'Or

BELLEZA

No dejarse engañar y exijan siempre esta marca y nombre BELLEZA (Registrados)

DEPILATORIO BELLEZA. Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz, por fuerte que sea, el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis, por delicado que sea. Resultados rápidos, prácticos y sin molestia ninguna. Único que ha obtenido gran premio.

Es el ideal RHUM BELLEZA Fuera canas

A base de nogal. Basta unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usando o una ó dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos; pues, sin teñirlos, les da vida y color. Es inofensivo. Cura el herpes y la caspa. No mancha, no ensucia, ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.



LOCION BELLEZA. Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Completamente inofensivo. Delicioso perfume.

TINTURAS WINTER. Marca Belleza. Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para castaño claro, castaño oscuro y negro. Dan colores tan naturales é inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

CREMAS marca BELLEZA (líquida ó en pasta espumilla). Blanca, cura, hermosura y conservación del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas (blanca ó rosada).

POLVOS BELLEZA (selectos é higiénicos). Por su calidad superior, distinguido perfume y adherencia al cutis, son los mejores que existen. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

De venta en perfumerías de España, América y Portugal.—En Canarias, droguerías de A. Espinosa.—En Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139. En Lisboa, Perfumar a da Moda, rua de Carmo, 7.—En Habana, droguería de Sarrá.—FABRICANTES: Argenté, Costa y Cía., Badalona (España).

CARLOS COPPEL

Rosado Rivas



*Fábrica de relojes.
Fuencarral, 27 - Madrid*

*a cada reloj acompaña
certificado de garantía*



LA TIERRA DE TODOS

NOVELA

DE

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

(Publicada por la EDITORIAL PROMETEO)

ILUSTRACIONES DE FEDERICO RIBAS

(CONTINUACIÓN)

XI

ramientas, sentándose otra vez. Volvió repetidas veces su cabeza el ingeniero y se dijo como el día anterior que una causa oculta había trastornado la vida de la colonia. Gualicho andaba realmente por todas partes, y hasta hacía sentir su influencia fuera del pueblo, desorganizando el trabajo de los hombres.

Dejó á sus espaldas los numerosos obreros de Pirovani, llegando al lugar donde sus propios peones abrían los canales.

Estos trabajadores no permanecían inactivos. Torrebianca los dirigía y vigilaba, dándoles ejemplo con su actividad. Al ver á Robledo lo llevó aparte, como si tuviera que comunicarle una mala noticia.

—El perverso ejemplo de los obreros del dique empieza á perturbar á los demás. Nuestra gente quiere trabajar menos horas, como los otros... No comprendo en qué piensa ese pobre Pirovani. Tiene completamente abandonadas sus obras.

Le miró fijamente Robledo, guardando silencio, mientras Torrebianca continuaba dándole noticias.

—Anoche me dijo Moreno que Pirovani y Canterac empiezan á hacerse la guerra. El uno se resiste á aprobar como ingeniero los trabajos que hace el otro como contratista. Desea perjudicarlo, retardando de este modo los pagos del Gobierno... Pirovani dice que suspenderá las obras y se irá á Buenos Aires, donde tiene muchos amigos, á quejarse del ingeniero.

Estas palabras hicieron salir al español de su indiferencia silenciosa.

—Y mientras discuten—dijo con ira—llegará el invierno, crecerá el río antes de que el dique esté terminado, las aguas destruirán y arrastrarán el trabajo de varios años, y todo habrá que volverlo á empezar.

El marqués, que parecía pensativo, exclamó de pronto:

—¡Esos dos hombres eran antes tan amigos!... Algo, indudablemente, debe haberse interpuesto entre ellos...

Robledo hizo un esfuerzo para que sus ojos no transparentasen lástima ni asombro, y movió la cabeza afirmativamente.

XI

Poco después de la salida del sol abandonó Moreno su casa, por haberle llamado Canterac urgentemente.

Al entrar en el alojamiento del ingeniero, encontró á éste paseando con impaciencia. Se había puesto ya las botas altas y el pantalón de montar. Un cinturón con revólver y su blusa estaban sobre una silla.

Con las mangas de su camisa recogidas y la pechera abierta, mostraba aún las frescas señales de la ablución matinal. Su rostro era más duro y autoritario que otros días. Una idea tenaz y molesta parecía colgar de su fruncido entrecejo. Sobre los muebles y en los rincones había numerosos paquetes envueltos en papel fino, atados y sellados elegantemente.

Se adivinaba que el ingeniero había dormido mal, por culpa de aquella idea que deseaba exponer á Moreno. Este tomó asiento, preparándose á oír. Canterac se mantuvo de pie para seguir paseando y dijo al oficinista:

—Ese Pirovani, á pesar de su ordinariez, me venice siempre. ¡Como es rico!...

Luego señaló los numerosos paquetes que ocupaban una parte de la habitación.

—Ahí tienes todos los perfumes que encargamos á Buenos Aires. ¡Compra inútil! Los del italiano llegaron antes.

Moreno se apresuró á disculparse. Había hecho lo necesario para que el encargo viniese con rapidez; pero el otro, en vez de hacer el pedido por carta, enviaba un mensajero á la capital.

Canterac quiso mostrarse bondadoso y aceptó las excusas del oficinista, dándole unas palmaditas en la espalda.

—No he podido dormir en toda la noche, querido Moreno. Tengo un proyecto y quiero consultarlo con usted. Necesito aplastar á ese intrigante que se atreve á medirse conmigo... Aquí todos se consideran iguales, como si se hubiesen suprimido en el mundo las jerarquías. Hasta es posible que ese contratista se crea superior á mí, que soy su jefe; todo porque tiene más plata.

Sonrió Canterac con una expresión cruel y siguió hablando:

—Yo haré que tenga menos. Hasta ahora le había tolerado ciertas cosas al aprobar sus obras. En adelante perderá muchos miles de pesos y se verá obligado á rescindir su contrato, yéndose de aquí.

Luego se aproximó á Moreno para hablar en voz baja, como si temiese ser oído.

—Quiero hacer algo extraordinario; algo que ese emigrante sin educación no pueda discurrir. Anoche lo he pensado. En el primer momento creí que era un disparate; pero después de reflexionar largas horas reconozco que es algo original y digno de realizarse, si resulta posible... Pirovani ha ofrecido una casa á la marquesa. Yo la ofreceré un parque... un parque que haré surgir en pleno desierto patagónico. ¿Qué le parece mi idea, amigo Moreno?

El oficinista le escuchaba con interés y asombro; pero no supo qué contestar. Necesitaba más explicaciones, y el otro siguió hablando.

—En ese parque daré una fiesta, un *garden-party*, en honor de nuestra amiga la marquesa, y hasta me proporcionaré la venganza de invitar á ese rústico enriquecido, para que se muera de envidia. Usted me hará el favor de dirigirlo todo. Aquí tiene las instrucciones; las escribí anoche, aprovechando mi falta de sueño.

Tomó el argentino el papel que le ofrecía Canterac, y luego de leerlo miró al ingeniero con extrañeza, como si dudase de su razón.

—Comprendo su asombro... Resultará caro, lo sé; pero no importa. Gaste sin miedo. Acabo de cobrar unos cuantos miles de pesos que pensaba remitir á París. Prefiero asombrar á la marquesa con mi parque. Ya ganaré otra plata más adelante; tengo confianza en el porvenir.

Y dijo esto de buena fe, con el dulce optimismo de los que se sienten enamorados.

Al día siguiente era domingo, y Watson fué por la mañana á la antigua casa de Pirovani para ver á Torrebianca. Necesitaba hablarle de un asunto relacionado con los trabajos de los canales. Robledo se había marchado dos días antes á Buenos Aires para pedir á los Bancos un nuevo crédito que le permitiese continuar sus obras, y también para vender ciertos terrenos que poseía en la Pampa Central.

Subió el joven con cierta inquietud la escalinata de madera, después de mirar disimuladamente á las ventanas. Llamó á la puerta con recato, como si no quisiera ser oído por todos los habitantes de la casa, y sonrió al ver que era Sebastiana la que salía á abrirle.

—El señor no está; se fué con don Canterac á Fuerte Sarmiento esta mañana. ¿Y don Robledo, está bueno?...

La mestiza, como muchas gentes del país, aplicaba el *don* indistintamente á los nombres y los apellidos.

Iba Watson á retirarse, cuando se levantó un portier del recibimiento, dejando visible una mano blanca rematada por una pulsera de reloj. Esta mano le hacía señas cual si pretendiese atraerlo. Después apareció Elena por entero, invitándole con palabras y sonrisas á pasar adelante. Cohibido por su presencia, no tuvo fuerzas Ricardo para negarse, y la siguió al salón, bajando los ojos al tomar asiento.

—Al fin le veo en mi casa... Debo serle muy anti-pática, pues nunca quiere visitarme.

Watson se excusó. Había estado dos veces por la noche en compañía de Robledo. No podía asistir diariamente á su tertulia, como los otros visitantes: se levantaba más pronto que todos ellos. Por ser de menos edad que su asociado, debía encargarse de los trabajos más penosos.

Ella fingió no escuchar estas explicaciones que desviaban el curso de la conversación. Quería decir algo y necesitaba decirlo cuanto antes.

—Tal vez le han hablado mal de mí. No se esfuerce en negarlo: nada tiene de raro que me traten de ese modo... ¡Las mujeres estamos tan expuestas á la calumnia!... ¡Nos creamos tantos enemigos al no querer acceder á ciertos deseos!

Elena había tomado un tono de dulce ingenuidad al formular sus quejas, como si estuviese bajo el peso de las más injustas persecuciones. Se aproximó á Ricardo, hablándole sin ningún recato femenino, como si fuese un compañero de su infancia; y el joven empezó á sentir la turbación que esparce el perfume de una carne sana y bien cuidada; la proximidad de una mujer hermosa.

—Soy muy infeliz, Watson—siguió diciendo—. Deseaba una ocasión oportuna para manifestárselo, y aprovecho este raro momento en que podemos hablar á solas y tal vez no volverá á repetirse nunca... Me ve usted rodeada de hombres que me hacen la corte y yo parece que coqueteo con ellos. ¡Error!... Es únicamente por aturdirme, por olvidar el vacío de mi vida. Hace años que me siento sola, como si no existiese en el mundo otro ser que yo.

Ricardo había olvidado su inquietud de momentos antes, para escucharla con un interés crédulo, aceptando todas sus palabras.

—Pero, ¿y su marido?...

Una lucecita irónica pareció temblar en los ojos de ella al oír esta pregunta inocente. Pero contuvo su burlona admiración, para contestar con tristeza:

—No hablemos de él. Es un hombre buenísimo; pero no el esposo que necesita una mujer como yo. Nunca ha sabido comprenderme. Además, es un débil en la batalla de la vida; y yo, que he nacido para altos destinos, estoy donde estoy por su falta de condiciones, habiendo venido á parar á una tierra casi salvaje.

Miró intensamente á Ricardo, que bajaba los ojos, no sabiendo qué decir, y añadió con expresión pensativa:

—Crea usted que un hombre joven y enérgico hubiera ido muy lejos teniendo á su lado una mujer como yo.

Sorprendido Watson por estas palabras levantó su mirada; pero volvió á fijarla en sus pies, cual si temiera seguir viendo los ojos de ella. Sonrió Elena levemente de su temor, al mismo tiempo que susurraba con una vocecita melancólica:

—La vida es así: se fijan en nosotras los hombres que no deseamos, y en cambio aquellos que nos interesan huyen casi siempre.

Al oír esto, volvió el joven á levantar su cabeza, mirándola sin miedo alguno, con una expresión interrogante... ¿Qué es lo que intentaba decir aquella mujer?

El no conocía la vida directamente; además, como

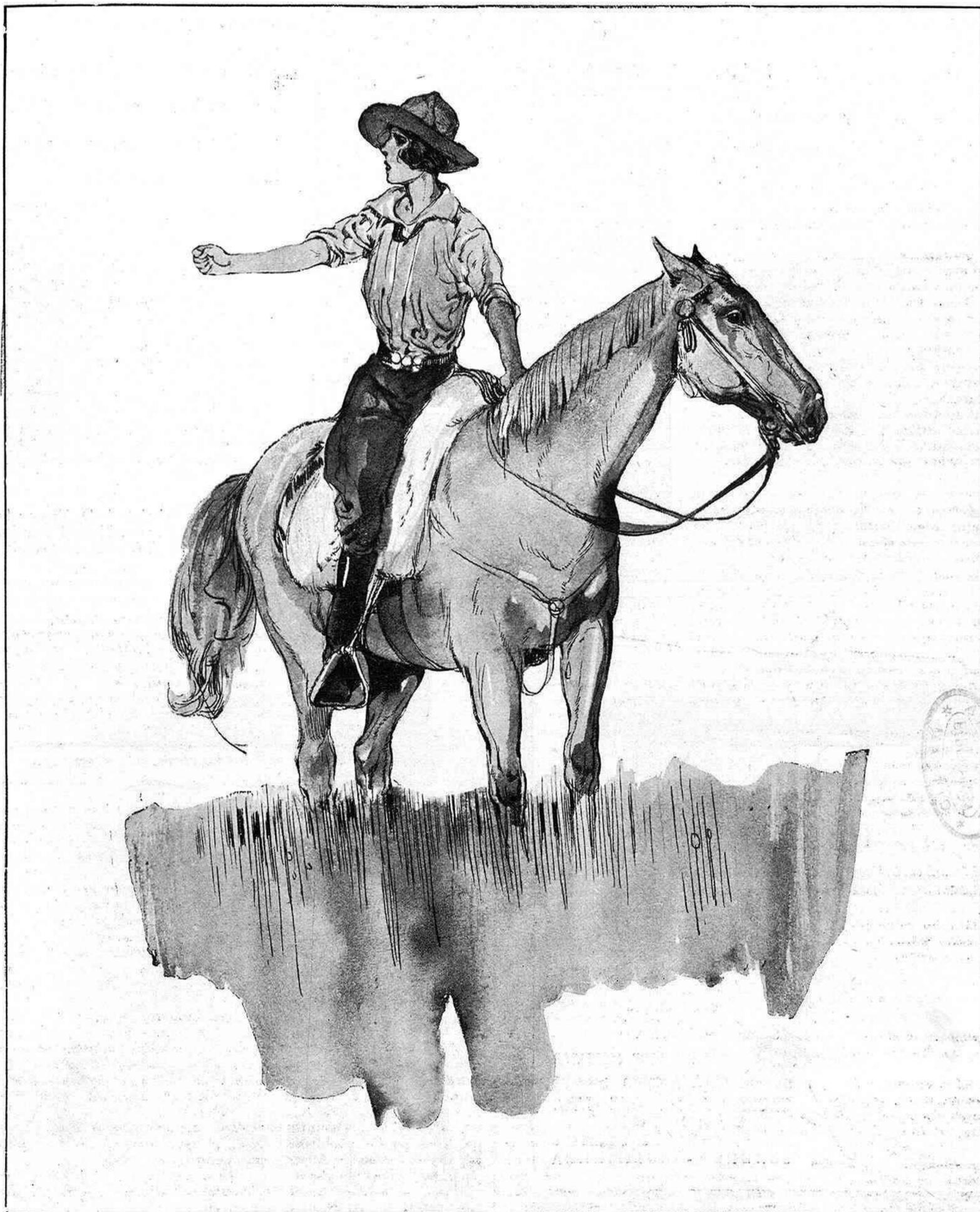
hombre de acción, amaba poco la lectura, y le había sido imposible adivinar la existencia á través de los libros; pero guardaba en el fondo de su memoria ciertos recuerdos de novelas simplistas é ingenias, abundantes en aventuras, leídas para combatir al aburrimiento durante los viajes en ferrocarril ó las travesías marítimas. También llevaba vistas un centenar de historias cinematográficas, y lo mismo en las páginas de los libros que sobre las

Pero á continuación pensó en todas las protagonistas calumniadas y perseguidas que había encontrado igualmente en los libros y las aventuras cinematográficas, siendo tan enormes sus tormentos, que él, á pesar de su fortaleza viril, sentía humedecerse sus ojos. En el mundo abundaban tal vez las víctimas de dicha especie. Únicamente de este modo podía él explicarse la frecuencia con que aparecen en las novelas.

Watson movió la cabeza instintivamente. Este movimiento era un reflejo de la aprobación que daba en su interior á tales palabras.

Iba formándose ya una opinión sobre aquella mujer.

—Siempre creí—continuó ella—que este amigo ideal podía serlo usted, que parece tan bueno... Pero, ¡ay!, usted me detesta, usted huye de mí, creyéndome tal vez una mujer temible, como hay tan-



pantallas de los cinemas había conocido el tipo de la «mujer fatal», la mujer hermosa de cuerpo y enrevesada y maligna de espíritu, que tienta á los hombres, consiguiendo hacerlos salir del camino del honor y acaba perturbando la felicidad tranquila y dulcemente monótona que debe proporcionarse todo joven, casándose y formando una familia. ¿Si sería esta marquesa su mujer fatal? Robledo no mostraba mucha simpatía por ella...

Siguió mirando á la Torrebianca para darse cuenta de si era una mujer fatal ó una mujer perseguida injustamente; pero ella había bajado los ojos, diciendo con triste modestia:

—He sufrido mucho al ver que usted huía de mí. Rodeada de hombres egoístas y de un grosero materialismo, necesito una amistad noble y pura, un amigo desinteresado, un compañero que me aprecie por mi alma y no por mis atractivos corporales.

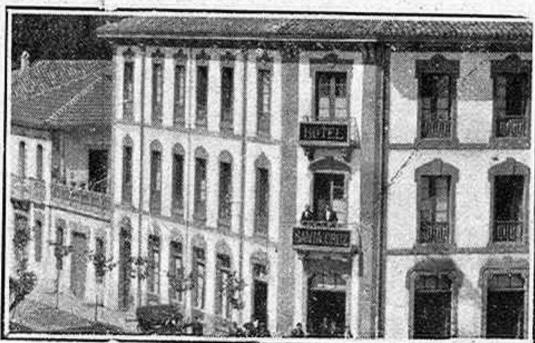
tas en el mundo, cuando en realidad no soy más que una infeliz.

Para expresar Ricardo con más vehemencia su protesta, se puso en pie, llevándose una mano al pecho. El no había sentido nunca antipatía por ella, ni deseaba huir de su trato. Era un *gentleman* que pensaba siempre con el mayor respeto en la esposa de su compañero Torrebianca. Pero confesaba que hasta ahora no la había conocido bien.

(Continúa en la página C)

En la histórica villa de Cangas de Onís, cuna del Rey Don Pelayo, dos edificios modernos, el Hotel Santa Cruz y el magnífico "chalet" de D. Vicente Labra, cuyas fotografías publicamos, acaban de ser completamente amueblados por la CASA BLANCO.

En el moblaje que adorna estas dos casas, el inteligente y emprendedor industrial, D. José Blanco, ha puesto, sin omitir esfuerzo, todo el cuidado y esmero posible. Cuanto el "confort" mo-



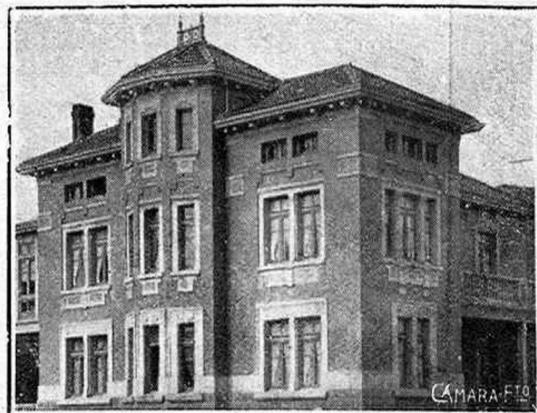
El Hotel Santa Cruz, de Cangas de Onís, amueblado por la CASA BLANCO de Oviedo



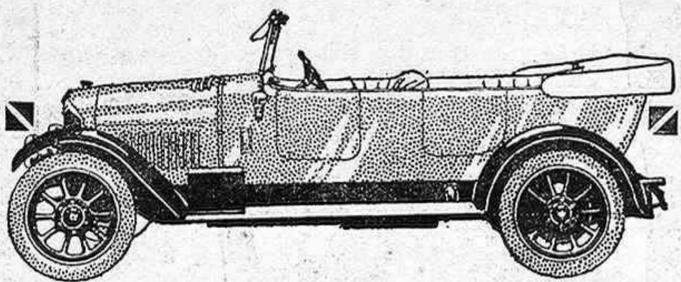
EDIFICIO DE LA **CASA BLANCO**, en Oviedo
Calle Marqués de Santa Cruz, 9

dero tiene de más notable y lujoso se halla en el "chalet" del Sr. Labra; y todo lo que con respecto á comodidad pueda pedirse, se halla en el mobiliario instalado por la CASA BLANCO en el cómodo y bonito Hotel Santa Cruz, de Cangas de Onís.

Esta importante entidad industrial hará en breve otras instalaciones, las que oportunamente conocerán los lectores de LA ESFERA.



El magnífico «chalet» de D. Vicente Labra, de Cangas de Onís, amueblado á todo lujo por la CASA BLANCO, de Oviedo



El Automóvil ideal para ESPAÑA

INVITAMOS cordialmente a los automovilistas Españoles que se sirvan pedir datos del automóvil Crossley de 19.6 H.P. Este automóvil, que ha llamado la atención en todas partes del mundo da resultados magníficos, es veloz y de confianza y es en todos sentidos el automóvil ideal para España.

Los automóviles Crossley tienen fama mundial por su seguridad y excelentes resultados.

Son usados por muchas de las personas más eminentes en la Sociedad Inglesa y por sus Majestades los Reyes de España durante sus visitas a Londres.

Sirvanse pedir datos.

Agentes:—THE MOTOR CAR WORKS CO., 15, COOPERAGE LANE, GIBRALTAR

Crossley

SE NECESITAN AGENTES LOCALES
CROSSLEY MOTORS LTD.
Export Department
40-41, CONDUIT STREET
LONDRES - INGLATERRA

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

**ALCOHOLATO
ABRÓTANO MACHO**

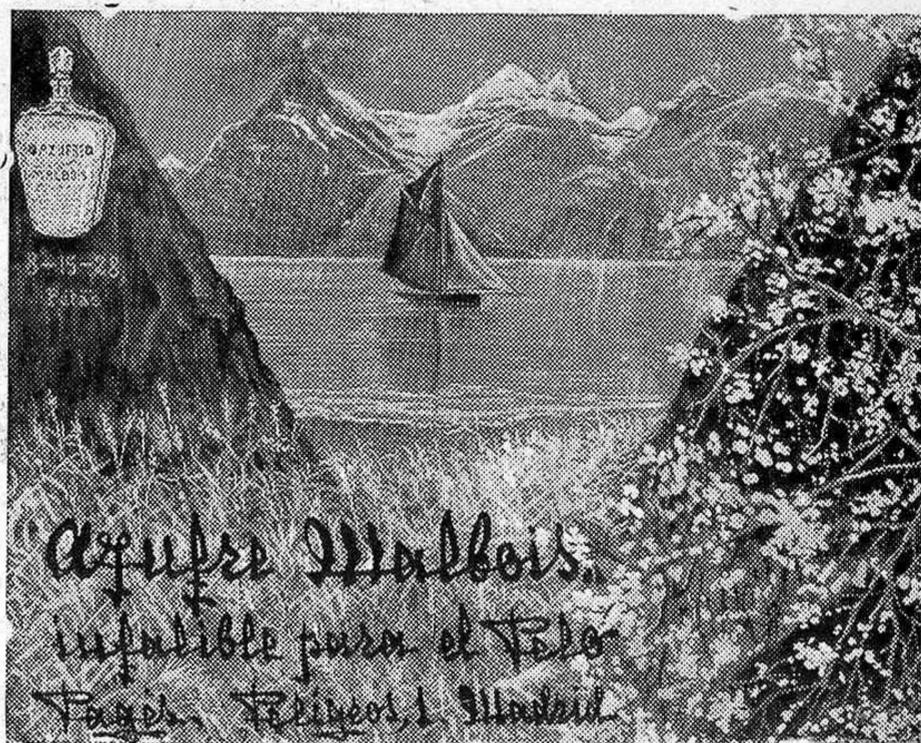
Cañamen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.



LEA USTED HOY
La Novela Semanal



Uno de los edificios religiosos más interesantes entre los muchos que son orgullo del arte arquitectónico en Soria, es la vieja iglesia de Santo Domingo, también llamada de Santo Tomé. Constituye este templo uno de los más admirables documentos que prueban la incalculable riqueza artística encerrada en las viejas construcciones de España, ricos relicarios de tradición, de belleza y de historia

FOT. HIELSCHER

DE LA VIDA
QUE PASA.

LOS CREADORES DE ENERGÍA

La conquista del dinero es hoy un anhelo tan poderoso y universal, que hasta un escritor, Blasco Ibáñez, sin poderse contener, nos ha revelado la cuantía de su fortuna: un millón de duros, nada menos. Pero hablemos de otros conquistadores del oro. Dejemos á los, después de todo, modestos artistas que se enorgullecen de poseer un millón, y veamos á los que cuentan los millones por cientos, y hasta por miles. Los magníficos hombres de presa; los hombres tentaculares; los multimillonarios.

El mundo conocía ya un ejemplar humano de filiación típicamente norteamericana. Eran aquellos reyes del acero ó el petróleo, que levantándose como una enorme contorsión dinámica, concluían por acaparar inmensas riquezas é innumerables negocios. Ese tipo de luchador y dominador moderno, brutal y magnífico (y tal vez despreciable), empieza á producirse en Europa con las mismas características que en América. Tal, porejemplo, la figura teutona de Hugo Stinnes.

La personalidad de este luchador destaca con doble fuerza de entre la ruina económica alemana, por cuanto contrasta con el debilitamiento del contorno. Es un hombre muy moderno; el hombre modernísimo, el hombre-tipo de nuestra edad industrial, mercantil, negociante, millonaria, cuantitativa y arrivista. Nada le satisface. Adquiere con codicia cada vez más excitada, y extiende los infinitos tentáculos de sus negocios como si aspirase á dominar todas las fuentes de la producción y toda la economía del mundo.

Los emperadores pretendían antiguamente apoderarse de los Estados, absorber las provincias, reinar sobre toda la Tierra, si fuese posible; los grandes señores ambicionaban los principales cargos de la nación, el mando de los ejércitos, la confianza plena del monarca. Ahora, en pleno régimen democrático, el sueño de la «dominación universal» resurge en esos magníficos y brutales hombres de presa que van ensanchando su poder como gigantes pulpos, y para los cuales todos los medios son legítimos mientras conduzcan al éxito.

Un relato que tengo á la vista me pone al tanto de los numerosos negocios que este hombre tentacular acumula. Es el más fuerte productor de carbón. Es el más poderoso acaparador de industrias de hierro. Se ha apoderado de la industria del papel. Constituye y lanza á navegar una gran flota de transatlánticos. Adquiere hoteles. Compra periódicos y Empresas editoras. Y al mismo tiempo organiza una admirable maquinaria para reproducir un reclamo de resonancia universal.

Adquirir, acumular, dominar... ¿Para qué? ¿Para ensanchar el horizonte de maravillosas voluptuosidades, para entrar en posesión de no se sabe qué increíbles placeres? No. Hugo Stinnes come, viste, vive bastante peor que muchos de sus incontables subordinados. Se acuesta á las dos ó las tres de la mañana, y á las siete se encuentra nuevamente de pie. Trabaja diez y ocho horas al día...

Para los hombres de esta especie dijo el libro antiguo la eterna verdad: «La vida es una guerra.» Así es la vida; así fué y así será probablemente la vida. Una guerra en que á veces se combate con las armas en los campos sangrientos, y otras veces en las ciudades altamente civilizadas á golpe de teléfono, en choque de palabras, entre sonrisas, bebiendo añejos vinos, junto á los puestos de Policía y bajo la guardia de las leyes. En estas luchas hay derrotas horrendas; se deshacen las fortunas y las vidas,

mientras los tentáculos conquistadores invaden y dominan los Estados, los Continentes.

Para estos hombres gigantescamente codiciosos el placer de la riqueza no reside en la contemplación de las montañas de oro, como para los antiguos mercaderes. Un hombre de éstos tiene una codicia que es ya una aberración; goza, pero verdaderamente misteriosos é inefables placeres, ante el simple aumento de las matemáticas cifras. Ven la vida en cifras. Ellos mismos se ven á sí propios como una cifra, opuesta á las cifras de sus adversarios ó rivales. Uno es «ochenta millones»; otro es más, porque llega á los «trecentos millones»; pero aquel es magnífico con sus «mil millones»... ¡Qué indefinible embriaguez, sin embargo, en esas luchas y esos triunfos! ¡Qué poderosa sensación de fuerza en esas vidas dominantes! ¡Y qué potencia creadora en ese dinamismo fecundo que nunca dice basta! La vida civilizada tiende al americanismo, y un tipo de vida deseable y á la moda será hoy aquel modelo cinematográfico que nos representa un yanqui vertiginoso. Es un ejemplar de vida entre calenturienta y gimnástica. Consiste en tomar el tren de un brinco; en apearse y correr hacia el *restaurant*; en salir apresurado, inmediatamente de beber un trago de excitante licor; en tramar los negocios entre teléfonos, timbres y tubos neumáticos; en correr, braccar y hacerlo todo tensamente, angustiosamente, para hundirse á la noche, casi mecánicamente también, en el sueño. Y hundirse cualquier día, como en un brinco acrobático, en el sueño definitivo, en el sueño final...

Como individuo, este ejemplar de hombre moderno resulta un ingenuo, porque se satisface con perseguir cifras, y el último de los proletarios inteligentes goza de la vida más que él. Pero si lo consideramos en un sentido social, resulta para las naciones utilísimo.

Cada época tiene sus hombres; cada edad modela su espécimen humano en armonía con las ideas y las disponibilidades del momento. El campeón á la manera del Cid surge natural y espontáneamente del fondo del medievo, con la espontaneidad con que hoy brotan esos hombres tentaculares, príncipes de los negocios, dominadores de empresas, creadores de industrias, por quienes el mundo retiembla con una monstruosa palpitación, con un angustioso y al mismo tiempo entusiasta dinamismo. Y allá hondo, en la intimidad del alma del buen español, insinúa una idea: Aun siendo poco gratos, ojalá abundasen esos hombres fecundos, esos hombres tentaculares, en nuestra patria...

VIÑETAS ESTA NOCHE...



Sobre el patio de mi casa
vierte su plata la luna,
y la pared azulea
en la radiante penumbra.

¡Oh, pared fosforescente,
pared milagrosa y bruja,
que das al patio florido
una inédita hermosura!

No surges, como otras veces,
separadora y ceñuda,
llena de grietas y costras,
llena de ocaso y de arrugas...

La claridad de esta noche
amable te transfigura,
y permite que tu barro
con su fulgor se confunda.

Vieja pared agrietada,
hoy mocita como nunca,
¡toda extasiada y risueña,
toda limpia y toda pura!...

E. RAMÍREZ ANGEL

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

José M. SALAVERRÍA

LA ACTUALIDAD INGLESA

Una boda aristocrática en Londres



Los recién casados lord Louis Mountbatten y lady Mountbatten, después de su enlace, acompañados por el padrino de la boda, Príncipe de Gales, y las damas de honor de la desposada

LA más importante nota ofrecida por la actualidad en la vida inglesa ha sido el reciente enlace de miss Edwina Ashley con lord Louis Mountbatten, primo hermano de la Reina de España. A la ceremonia de la boda—celebrada con extraordinaria pompa en Londres—acudió al templo de Santa Margarita la parte más selecta de la sociedad británica, que felicitó entusiásticamente á los recién casados. Asistió la Familia Real inglesa, y el heredero de la corona—el Príncipe de Gales—actuó como padrino del casamiento. Con motivo de este enlace, se pusieron de relieve las extraordinarias simpatías y las adhesiones fervorosas que los dos recién casados han sabido conquistar. Ella, que es la más rica heredera de Inglaterra, une á los encantos de su joven belleza las excelentes prendas personales que posee y que la hacen figura de viva simpatía y de irresistible atracción. El es teniente de la Marina inglesa, y pertenecía á la oficialidad del buque de guerra «Renown», cuyos tripulantes tributaron entusiastas testimonios de adhesión y de afecto al que fué su



Miss Edwina Ashley y lord Louis Mountbatten, al salir del templo de Santa Margarita, en Londres, después de verificado su enlace, que apadrinó el Príncipe de Gales

compañero. Al paso del cortejo nupcial por las calles londinenses, una gran multitud presenciaba el desfile y vitoreaba á los recién casados, que sonreían á aquellas ruidosas manifestaciones de afecto y cordialidad.

La alta significación que en la sociedad inglesa tienen los novios motivó este entusiasmo del pueblo londinense, que aclamaba calurosamente á miss Edwina Ashley y á lord Louis Mountbatten. La novia era ahijada del Rey Eduardo de Inglaterra, y hace aún poco tiempo heredó una considerable fortuna que asciende á más de sesenta millones de libras esterlinas.

Los recién casados han recibido con ocasión de su matrimonio valiosísimos presentes de ilustres personalidades de la sociedad británica, donde ellos gozan de una profunda y general estimación.

Después de pasar algún tiempo en Inglaterra, los nuevos esposos abrigan el propósito de venir á España, donde residirán una corta temporada, siendo huéspedes de nuestro Rey Don Alfonso XIII y de nuestra bella Soberana la Reina Victoria Eugenia.

TRAGEDIA GROTESCA



DESDE chico se veía á Segis mendigar junto al casal del señor marqués. Hundido en su cajón de ruedas, estábanse allí de que amanecía Dios; y no porque él, aunque con joroba y sin piernas, no pudiese *andar*, que á su modo caminaba, y más deprisa que muchos mozos zanquilargos; pero tenía allí «la obligación»; había establecido su portazgo, como quien dice, junto á la casona, que señoreaba la calle más ancha del pueblo, paso de la gente campesina y mercado cada jueves.

La caridad pública toma en los lugares cierto carácter confanzudo, muy hidalgo: los pobres que trabajan socorren á los que no pueden trabajar; el mendigo viene á ser un obrero cuyo oficio es correr el pueblo pidiendo, y recibe la limosna de su parroquia como algo que le es debido, creyéndose más digno de un jornal que el alguacil, que se chupa diez reales «diarios ca día» por llevar emplazamientos y maldiciones sobre su alma.

Como Segis era pinturero y tenía caletre y sabía mil fábulas y tonadillas, fué siempre el guitón que cobró el barato en su gremio; nadie le disputaba el primer puesto en la sopa, que, de cuenta del marqués, repartíase á la mendicidad, y suyos eran los más notables dichos y sentencias y desvergüenzas; gran conocedor de la gramática parda, y mejor aún de la verde, ninguno como aquel ladino tenía las simpatías de las muchachas, siendo pincerna obligado en las franca-chelas del mocerío.

ooo

Pues, señor: sucedió que un día, al presentar Segis su escudilla á la sopa, encontró su puesto ocupado, y era otro que tal, su *alter ego*, quien le suplantaba: un infeliz sin piernas, como él, y como él, de buen humor socarrón.

Hubieron de reconocerse; eran antiguos amigos; sólo que éste, *Grabiél*, de chico, cuando sus padres tenían hacienda, la vendieron por llevarle á Madrid á ver si lo curaban, y lo que hicieron fué quedarse en el arroyo y en seguida morirse; y entonces sí que el pobre *Grabiél* pegó el zaparrazo: fué á un Hospicio, y allí lo curaron; quiero decir que le cercenaron medio cuerpo, y le metieron el otro medio en aquel estuche; pero escapóse un buen día—él no quería agradecer su esclavitud—, y en su carretilla, tan ricamente, corrió mundo muchos años, y al fin... «¡Ya ves, joroba! Aquí estoy porque he venío.» Volvía á su tierra, al rescoldo del hogar...

Y desde aquella hora fueron dos á subir la cuesta de la casona, y dos á correr las tascas, y dos á andar tras las mozas, persiguiéndolas y haciéndolas reir con las más grandes atrocidades.

ooo

¡Buena era la señorica! ¡Buena y guapa! La señorica marquesita era mesmamente como su abuelo, el aragonés á carta cabal, padre de su

pueblo, que siempre acudió á la casona seguro de hallar pan y caridad. A quien no se parecía ni miaja era á su padre, el cacique y diputado perdurable, y menos que miaja á la mamá, la fantesiosa aquella que no vino al pueblo más de una vez, y eso porque la trajeron con los pies por delante, que venía muerta...

¡Vaya la zagala, tan modosica, tan humilde! ¡Cómo gustaba de repartir por sí misma la sopa á la *probeza*, con aquellas manos de azucenas!... ¡Era un angelico! Las mujeres la miraban con respetuosa familiaridad, con sonrisas de amor. ¡Si era algo de todas las casas: como una hija; pero mucho más fina que aquellas arrastradas hijas suyas! Asomábanse á la puerta para verla pasar. «¡Virgen, qué bonita está!» Y las manos sobre la abombada barriga, seguíanla con los ojos, recordando la fiesta del bautizo, y luego la enfermedad maligna que tuvo á los tres años, cuando el cura, al acabar la misa, les hacía rezar la Estación por la salud de la heredera; y después, cuando cada Abril, al volver las flores, volvía la niña con sus vestidos claros y sus lazos azules, tan linda, tan frágil, tan blanca... ¡Y tan limpia!

¡Ahora, de largo, era talmente una señorita; quitaba la confianza!

Ahora sí que se llena la iglesia los domingos, y el buen párroco no asusta á las chicas con la descripción de los tormentos que sufrirán aquellos judíos, los mozos, el día que estiren la pata, «vuestrós cortejos, sí, señor, que os dejan en la puerta y entran ahí en frente, en la taberna, para hacer tiempo hasta que salgáis».

Ahora los mozos cumplen con el precepto: los señores van á misa y allá van ellos también, y allí se están tan quietos, mirando á la señorica más que al cura, y sin que se les ocurra ninguna fea palabra.

¡Ah! ¡Pero quien más gozo recibe son los pobres, y entre todos, Segis y *Grabiél*! Ya no van á la taberna, desde un día en que ella les llamó á capítulo y les hizo reflexiones como si fuesen dos niños: «¿Por qué vais á la taberna? ¿No comprendéis que *eso* os hace daño? ¿Por qué bebéis?» Ellos quedáronse mirando el uno al otro y sin saber qué decir. «¿Por qué, á ver, pa qué bebemos?»

ooo

¡No puede un mendigo querer? Que le falten los pies á uno, ¿quiere decir que le falte corazón?

Segis quería con toda su alma. El sabía—¡no, que no!—que la señorica «se criaba» para un rico, noble como ella. Todas las mañanas y todas las tardes veía él entrar en la casa al afortunado. La niña le amaba. ¡Claro! Era bonito, vestía buen paño... El no lo aborrecía. «¿Pa qué?» ¡Pues para él se guardaba aquella perla!...

Los mozos decíanle: «¿Qué te pasa, joroba? ¿Andas malo?» «Mal ando, mal.» Y las mozas,



que traían preparado el respingo de siempre al pasar junto á él, se quedaban con el respingo y el disgusto en el cuerpo; no había de qué; no les tocaría las sayas, aunque se las pasasen por las narices.

La señorita, mientras papá dormía siesta, paseaba bajo los árboles del parque con su galán. La miss, sentada en un banco, unía lo útil á lo agradable; quiero decir que dormitaba y leía á Shakspeare.

Segis tenía allí su escondite. Era hora de paz en la casona, y él podía deslizarse sin ser visto. Sólo una vez tropezó al jardinero. «Oye: ¿dónde vas tú?» «A convidarte, bobo; traje dos cigarros; uno pa ti.» Escondido entre un macizo, pegado á tierra como una tortuga, inmóvil, veía, escuchaba á los amantes.

¿Qué era aquello? ¿Qué sentía entonces? ¿Dolor? ¿Placer?... El ya no era él; reencarnaba en el joven gallardo, feliz; creíase junto á ella; creía besar con su aliento á la niña...

Una tarde, al ir á ocupar su sitio, halló á otro: su camarada *Gabriel*. Se reconocieron, y sus ojos se odiaron. Habló con sorda cólera, en voz baja. (Cerca sonreía la niña.)

—¿Tú?

—¿Y tú?

—¿Sí!... ¿Qué quieres aquí?

—¿Qué quieres tú?—Los dos la amaban. ¿Por qué *el otro* venía á quitársela? Segis mascujó:

—Tú me quitaste mi sitio en la sopa; ahora vienes á quitarme esto.

—¿Esto es tuyo? ¡No te has visto, poluto!

—¡Y tú, piojoso, carroño, hijo de...!

Alzaban la voz; la niña no les oyó—el surtidor del parque cantaba, y cantaba el amor en

sus oídos—; pero acudió un sirviente y hallóles enzarzados, y, á carcajadas, llamó á sus compinches. ¡Qué risa! Segis, volcada su carretilla, arrastrábase penosa, grotescamente como un sapo despanzurrado. Con una guiñada, dijo á Gabriel: «Después.» «Después.» Y hundióse la gorra para que no le viesen ensangrentada la oreja.

—¿Pero os mordíais? Eso que tienes ahí, ¿es sangre?

—¿Sangre? ¡Anda, tonto, que te la dimos bien!...

ooo

Al atardecer, la señorita subía la larga calzada que termina en la iglesia; subía despacito, parándose alguna vez porque no se fatigara el papá y para mirarse en los ojos de su novio; así que el señor cura les veía en la plaza, echaba el último toque de Rosario.

A la puerta, como santos de piedra, estaban los pobres del lugar, y con ellos algunos pilletes, que si no eran mendigos, eran parroquianos de la tía Pascuá, la que vende santos y borregos de azúcar para comer, calcomanías para empuecar gramáticas y gramáticas para pegarles calcomanías, amén de unos peones utilísimos para extirparle al prójimo los ojos de gallo.

La señorita dejábase saquear por la canalla, y se comprende que el señor marqués dijera en puro lenguaje parlamentario: «En este pueblo la mendicidad aumenta diariamente, rápidamente, brutalmente!...»

Aquella tarde, la en que Segis y Gabriel se dieran de coscorrones, á la salida del Rosario esperaban ambos. La niña, al paso, les echó una moneda; diciendo: «Partidla.» Los dos se arrojaron sobre ella; cogióla Gabriel; pero Segis pillóle la mano con que la asía.

—Dámela.

—No.

—¿Dámela, to digo!

—¡No!

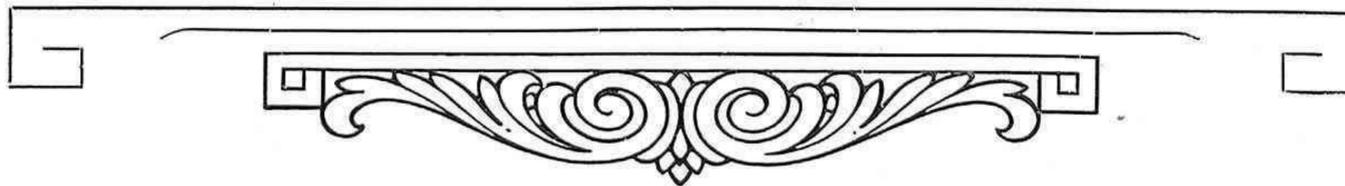
—¿Dámela, ó te parto el alma!

La gente hizo corro; reía y les azuzaba. Segis agarró un pedregón, lo alzó sobre su cabeza... «¿Reñís de veras?... ¡Pero estás loco! ¡Ay!» Aquel bruto guijarroño había descargado el golpe sobre su rival, le había partido el cráneo; y ahora, en menos que se dice, arrancándole la moneda; se la echó en la boca y huía, rodaba vertiginosamente cuesta abajo; y, arrastrada por la pendiente, la carretilla del muerto rodaba también. En el crepúsculo semejaban dos cuervos que volasen á ras de tierra; la gente, muda, seguía su vuelo con mirada idiota: un segundo, dos, tres... Luego, un golpe sordo, como el zurrido de la ola contra el acantilado: Segis se había roto la cabeza contra las piedras de la picota.

En el sermón del domingo, el buen párroco—un anciano curita con-luz-de aurora en los ojos de criatura asustada—habló al trémulo rebaño de las funestas consecuencias del egoísmo, que engendra la envidia y arrastra á la ira, al extravío, al crimen. «Sí, hijos, al suicidio. ¿Sabéis lo que es suicidio? ¿Os acordáis de Judas, aquel avaro que vendió á Jesús y se quitó la vida? Pues eso es suicidio. Y Judas fué *in locum suum*, así dice San Pablo, *in locum suum*! ¿Os horrorizáis, hijos míos?...»

R. MARTI ORBERÁ

DIBUJOS DE BASILIO



DOMADORES DEL ÉXITO.

ALEJANDRO PÉREZ LUGÍN



Cómo trabaja el autor de «La casa de la Troya»

A la puerta del Teatro Lara se entabló este diálogo entre dos amigos de esos que van siempre juntos:

—Perdona—dijo el uno—; esta noche no voy contigo.

—¡Pero si tengo tomados los billetes para Apolo!...—dijo el otro.

—Pues no puedo ir; estoy invitado al palco de las de...—replicó el primero, pronunciando el apellido de unas muchachas á las cuales se veía en todas partes. A lo cual objetó el segundo:

—¡Hombre! Si por eso es, puedes venir á Apolo. ¡También allí estarán ellas!...

Este es el primer aspecto de Pérez Lugín: la ubicuidad. Le encontraréis también en todas partes: en Madrid, en provincias, en Marruecos, á una misma hora. Cuando se ejecutó la famosa orden de retirar de la circulación los duros sevillanos, llegar Pérez Lugín al Ministerio de Hacienda, saber que un gran diario había destacado numerosos redactores por diversos lugares, para hacer aquella información, irse á un telé-

fono y avisar al director de *El Mundo*, á cuya redacción pertenecía, para que no le enviase ningún otro compañero, porque él solo se bastaba para informar á su periódico, fueron cosas casi simultáneas.

Esta misma *interview* con el famoso novelista é inmenso periodista, es una prueba de cuanto dejo dicho. Teníala yo proyectada de tiempo atrás; cuando, de pronto, hace pocas tardes, andando por la calle de Alcalá, pensé: «Si estuviese en Madrid, la hacíamos ahora mismo.» Un minuto después le encontraba cerca del Banco de España—lo que en él me pareció simbólico y sintomático—. ¿Que mi pensamiento había obedecido á un fenómeno de elemental telepatía? No, señor. Era otra cosa: ¡el hallazgo obedecía á la ubicuidad del ilustre y popular autor de *La Casa de La Troya!*

Desde luego le encontré como le encontraréis siempre: haciendo corro, entre gritos, bromas y risotadas. En los toros, con cuyas crónicas ha sido el crítico que más apasionamientos ha des-

encadenado, unos le aplauden, otros le increpan... Y los envidiosos de su exuberancia de cordialidad periodística y personal le tachan de exhibicionista. No les falta razón en otro respecto que no sospechan y cuyo secreto más importante voy á descubrir: el de su obesidad. Esa enorme panza de la que, pérfido, finge ruborizarse y preocuparse, ¡es postiza! Palabra. Así como el Tom Levis de Daudet, en *Les Rois en exil*, se ponía un montón de chalecos para tener más representación, el autor de *Currito de la Cruz* se ciñe por delante de la cintura una almohada de cama conyugal... ¿Para tener más figura aún? No. ¡Para ocupar más puesto! No le basta con estar inmejorablemente situado en el mundo de la novela y del periodismo, y con hallarse en vísperas de estar igualmente en el mundo de las finanzas, á fuerza de ser el periodista y el novelista que más dinero gana: necesita mucho más sitio...

Contra lo que esperaba de él, al parecer osado, vanidoso y despreocupado, se me negó con pánico á la *interview*.

—No temas—le dije—; te seré discreto y no aludiré á tu falsificada barriga.

—Pero, ¿quieres perderme?—me replicó— Sólo me falta una *interview* en LA ESFERA, para que mis enemigos me llamen reclamista. Ya dicen que cuanto soy lo debo á mi maña para hacerme la *réclame*...

—Pues contéstales, como Castelar á quienes le reprochaban que escribiese los discursos antes de pronunciarlos: «Si tan fácil es el éxito, ¿por qué no se lo amañan ustedes?»—Y como se resistiese todavía, añadí:—Mira, Alejandro, yo soy el instrumento de que se vale la Divina Providencia para castigarte por las *interviews* que habrás conseguido en esta vida, por pelmazo; resignate, pues, con tan altos designios; hazte cuenta que tu *yo* periodístico, maestro de tenacidad, se te ha escapado, se te ha puesto ante ti mismo y no puedes negarle la información, y elige el café en que más te guste convidarme.

—¡Ah! Pero, además, ¿he de pagar yo?

—¡Calla, nuevo rico—y rico por tu pluma, cosa asombrosa en España—; calla y paga! ¿O te crees que se debe inmortalizar de balde tu vida anecdótica?

Rindióse al fin, y entramos en una cervicería, donde, después de pedir él á gritos que me sirviesen un mantecado con aceite y vinagre y de añadir yo que lo sazonasen con guindilla, empezó una confesión biográfica de las que me gustan: amenas, fluidas y de las que me obligan á interrogar poco. Por algo es él un gran narrador.

—Nací en Madrid—dijo—, en la plaza de Bilbao, en el número 10. El año me lo callo. Mientras yo me encuentre joven, lo soy contra lo que diga la partida de nacimiento... ¿Que no hay más remedio? Bueno. Pon qué en el año 1872. Estudié en los Escolapios de San Antón los tres primeros cursos del Bachillerato. ¿Mi carácter de estudiante? Ya me ves, y genio y figura... Estudioso, no mucho. De cada cien estudiantes, hay dos que estudian... y luego no sirven para nada... Una prueba muy curiosa: en Retórica y Poética, el padre Ramos, un gran profesor, á quien no le he enviado mis libros por haber ignorado hasta hace poco que vive aún, nos mandó á todos sus alumnos hacer unas poesías... Pues bien; los únicos que, por no haber sabido hacerlas, tuvimos que escuchar, castigados de rodillas, cómo las leían los demás y cómo se lucían, fuimos Luis Gabaldón, hoy periodista, crítico de teatros, poeta festivo y autor cómico, y yo... Desde el cuarto curso del Bachillerato y toda la carrera de Derecho, estudié en Santiago...

—¿Qué asignaturas te gustaban más?—le pregunté.

—Te vas á asombrar: en el Bachillerato, las Matemáticas, y en la facultad, la Hacienda pública...

—Así has aprendido á multiplicar tus ganancias...

—En Derecho natural me aprobaron porque me busqué una recomendación poderosísima, y el catedrático, desde entonces, me persiguió á lo largo de toda la carrera, procurando en todos los tribunales vengarse. Pero yo...

—Me lo figuro; bueno eres tú para dejarte arrollar... ¿Dónde empezaste á escribir?

—En un periodiquito de Santiago: *El Compostelano*, del cual se publicaron dos números solamente; publiqué un artículo acerca de la unidad ibérica y otro sobre una huelga de modistas... que yo inventé, y armé un lío... Después, en *El Pensamiento Galaico*, un periódico de Vázquez de Mella, al cual conocí, como á González Besada, en un Centro que tenía la Juventud Católica, y adonde acudían muchos muchachos que hoy son personas ilustres en Galicia. Allí hacía Mella sus planes para cuando fuese diputado. Y le oíamos decir: «Cuando lo sea, le voy á decir en el Parlamento á Pidal...» Y luego, no le dijo nada... Ya con mi título de abogado, vine á Madrid, y luego fui empleado á Guadalajara. Caí en una posada como la

de *La Casa de La Troya*, de estudiantes y...

—Me lo figuro también. Tú puedes decir, parodiando á Tenorio: «Por donde quiera que voy, va la bullanga conmigo.»

—Allí llevé una vida de mozo alegre, y por mi culpa algunos alumnos de Ingenieros perdieron el curso. Representábamos comedias con actrices que llevábamos de Madrid, representaciones que no eran sino un pretexto para vivir alegremente... Conmigo iba mucho otro militar y periodista, que ya se ha vuelto hombre serio: Aurelio Matilla...

—¿Dónde empezaste la carrera periodística?

—En Madrid... Era yo abogado de pobres, con diez y ocho duros fijos, y entré en *El Correo*, del maestro Ferreras. Del maestro y de aquella redacción conservo un bonísimo recuerdo. Ferreras me trató con mucha estima. Llevaba á

exhorto falsificado, en el que un juez le anunciaba que la Guardia civil iría á prenderle. El hombre estuvo preocupadísimo, y sobre todo porque, al ir á preguntar al portero quién le había llevado aquel exhorto, se dió la casualidad de que llegase un guardia civil, lo cual le dió tal susto, que, sin aguardar respuesta, se metió corriendo en la redacción, creyendo que iba á prenderle...

—¿Cuánto ganabas en *El Correo*?

—Nada: era meritorio. Daniel López, que dirigió *El Correo* más tarde, y á quien también estoy agradecidísimo, me llevó de secretario particular cuando fué director de Agricultura, y me dió un destino en Fomento. Por cierto que se me olvidaban dos detalles curiosos de mi estancia en aquel periódico: uno, que llegó D. Modesto Sánchez Ortiz á dirigir *El Correo*, y nos reunió muy solemnemente, y después de decirnos que él no podía tolerar aquellas desigualdades de que hubiese sueldos de quince duros y otros de cinco, añadió que todos iban á ser iguales. Todos nos alegramos, porque creímos que el sueldo mínimo iba á ser de veinte duros. Nos desengañó en seguida al decirnos que iba á ser al revés: todos ¡de veinticinco pesetas mensuales!... Por cierto, un día estaba yo muy preocupado por no poder pagar mis cuarenta pesetas de contribución de abogado; se enteraron los compañeros, lo contaron, y la Administración me las prestó; pero cuando dejé la redacción, al cabo de dos años de trabajar gratis, me las reclamó y tuve que pagarlas... Bueno; como abogado, me las compuse de modo que nadie me pagó...

—¿Adónde pasaste después?

—A *El Mundo*, desde que lo fundó Mataix. De *España Nueva* me llamó un señor que hoy es gran amigo del Rey, y yo le contesté que no podía escribir en aquel periódico, porque era y soy católico y monárquico. Pero como me replicó que era un diario liberal, en el que no te vía necesidad de escribir en desacuerdo con mis convicciones, ingresé allí, y es uno de los periódicos que recuerdo con más gusto. De allá, á *La Mañana*; luego pasé á *La Tribuna*, donde empecé á conquistar la popularidad. Luego, á *El Liberal* y á *Heraldo de Madrid*, como luego á *La Libertad* y al *Hoy*, y, finalmente, á *El Debate*, que es donde más á gusto estoy y donde más consideraciones y mejor pago he recibido... En periodismo, ha recorrido mi amor toda la escala social...

—Oye: ¿cuánto te pagó *El Debate* por publicar tu novela *Currito de la Cruz*?

—Di que más que á ningún escritor.

—Pero, ¿cuánto? Dímelo, que te lo callaré.

—Quince mil pesetas... Y, ¿sabes, pero no lo digas, cuánto me ha pagado por mi campaña periodística acerca de Marruecos? ¿A que

no lo adivinas?... ¡Quince mil pesetas! Por cierto que voy á ver si el Banco me quiere devolver el cheque, después de anularlo, para conservarlo como recuerdo. Pero no lo digas...

—Callándolo cometería una injusticia: esa remuneración, que á muchos parecerá fabulosa, enaltece doblemente á Angel Herrera, tu ilustre director, porque demuestra que sabe dos cosas: estimar el trabajo periodístico y el literario; y lo que es más importante y más laudable, por difícil en España: hacer que, gracias á su dirección, *El Debate* haya prosperado hasta poderse permitir su caja esa esplendor digna de divulgarse... y de imitarse... Esos literatos que andan pidiendo la nacionalización del Teatro Real, deberían antes haberse acordado de pedir la de los folletines de los diarios... ¿Te costó mucho colocar tu primera y famosa novela *La Casa de La Troya*?

—¡Oh!—dijo, sonriendo con tristeza—No puedes figurarte. Antes de concluirla fui, un poco prematuramente, á «Renacimiento» á ver si me la editaban; y Castillo, con muy corteses mane-



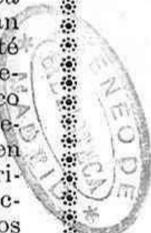
Pérez Lugín en su biblioteca

FOTS. DIAZ

su famoso *Balance* mis cosas sobre política. Si no hubiese muerto, habría hecho carrera á su lado. Pero, ¡ay!, se murió y pasó muchas ducas, muchas... Yo sé lo que es necesidad, lo que es pobreza de todo, la humillación de ser mal mirado por ir mal vestido...

—Sí. Has luchado de veras... Pero de humor siempre anduviste igual: un cascabel, ¿verdad?

—Gracias á Dios. En *El Correo* gasté bromas tremendas. Una vez coloqué un sombrero flamante de Marván debajo de un montón de periódicos... Sin que él, por estar trabajando, lo advirtiese, lo retiré, é hice como que me sentaba, ¡con toda mi corpulencia!, encima de los periódicos... Marván, creyendo que se lo había aplastado, dió un alarido... Otra vez metí periódicos en todas las badanas de los sombreros, incluso en el mío, y los cambié de lugar en el perchero. ¡Se armó un lío de mil demonios al irnos los redactores, porque nadie encontraba un sombrero que le viniese bien, y era como si los sombreros ó nosotros nos hubiésemos vuelto locos!... Otra vez, á un compañero le mandé un



CAMARAFOTO

ras, se negó. Y cuando ya la tenía concluida, me llamó un día Ródenas, el director de la Biblioteca «Hispania», y me dijo que le hiciera un libro de toros y que pidiera cuanto quisiese.

—Voy á hacerle otra proposición mejor—le dije yo—. Le regalaré el libro de toros y usted me editará una novela.

Me contestó con evasivas: que tenía que leerla, que... Total, que me fui á casa de Fe, donde muchas veces me habían preguntado, interesándose por mí, por qué no hacía novelas, y llegué y les dije que había hecho una. Tampoco allí logré colocarla. Me fui á Alejandrino Pueyo, que me había editado mi libro *De Titta Rufo á la Fons*, y le ofrecí regalarle un libro de toros á cambio de editarme mi novela. Le pareció bien la idea; y me compré una máquina de escribir y en ella escribí mi libro de toros *Kikiriki*. Pero luego resultó que la familia de Pueyo no quería editar mi novela, particularmente el águila del cuñado... Un día, almorzando con Ruiz Contreras, ese hombre extraordinario á cuya inteligencia y á cuya bondad cuantos elogios pongas en mis labios me parecerán pocos, y con Muller y Aguilar, de la Sociedad General Española de Librería, Ruiz Contreras habló con mucho elogio de mi novela y con mucho empeño para que me la editaran. No lo consiguió... A nadie le cabía en la cabeza que se pudiese ser un buen revisor taurino y escribir una novela de éxito... Hasta que un día Basilio Alvarez y Rey Soto le hablaron, ¡pásmate!, á D. Gabino Páez, de la casa Sucesores de Hernando, y accedió á editármela, pero á medias con Alejandrino Pueyo. Regatea-

mos un poco si había de darme 60 ó 70 céntimos por ejemplar vendido, y se editó. Por cierto que cuando llevaba vendidos 18.000 ejemplares, me llamó y me dijo:

—¿Sabé usted que eso empieza á venderse?... Y pretendió que mejorásemos las condiciones... Y las mejoré...

—No me lo digas: en tu provecho...

—Naturalmente, hombre...

—¿Cuántos ejemplares llevas vendidos de *La Casa de La Troya*?

—Cincuenta mil... Pero, ¡buen calvario me costó!... Calvario que no habría sido posible si hubiese existido en España una Asociación de Publicistas como la que yo pretendía hacer ó como la que D. Miguel Sánchezdarp, en sus laudables artículos de LA ESFERA, pretendió que se crease con la cooperación del Estado. A propósito: ¿cómo llevas la *enquête* acerca de ese asunto? A los políticos maldito los que les importarán los escritores...

—Te equivocas. Todos me hablan con el entusiasmo que inspira una cosa que se está dispuesto á realizar... Verás sorpresas... Y volviendo á lo tuyo: ¿cómo fué escribir *La Casa de La Troya*?

—Primero hice un cuento; pero al leerlo me di cuenta de que era el mismo asunto de *Al Natural*, de Benavente, y lo rompí... Luego, la idea de hacer una novela con mis recuerdos de estudiante me obsesionó... Hice unos capítulos, y ¿sabes quién me lanzó? Rotlland, el malogrado crítico de *El Debate*... Los había leído... Y un día, una de esas almas buenas que cuentan lo bueno que de uno se diga vino y me dijo: «¿Sabes

quién hace un gran elogio de una novela que tienes empezada, y dice que tú eres un gran novelista?» Y me dijo que era Rotlland. Yo le tenía por el mejor de los críticos de teatros. Procuré sonsacarle y me confirmó lo que le habían atribuido... Y simultaneando el batallar periodístico con la novela, la fui haciendo... Tardé tres ó cuatro años... Todos mis amigos y muchos de mis compañeros saben cómo fué saliendo capítulo á capítulo...

—Para que luego dijese que no la habías escrito tú. ¿De quién partió esa calumniosa sandez?

—No te lo puedes figurar: de una broma de Luis de Oteyza. Luego, cuando los envidiosos lo afirmaron en veras, Oteyza me ofreció una carta declarándose autor de la broma... Pero yo, agradeciendo el ofrecimiento, la rehusé, porque no dijese luego que era un juego de compadres... Ahora voy á publicar un libro en cuya dedicatoria figurarán tres nombres: Manuel Aznar, Salvador Cánovas y Cervantes y Torcuato Luca de Tena. Es en agradecimiento á haberme espontánea y respectivamente defendido en *El Sol*, *La Tribuna* y *A B C*: el primero, sin conocerme apenas; el segundo, no obstante estar fuertemente enemistados él y yo, y el tercero, á pesar de haber dicho que con los del Sindicato de Periodistas—y yo lo era—rompía toda relación periodística y personal...

Salimos de la cervecería... Para la intimidad me contó, entre triste y sonriente, amarguras imborrables de días ya lejanos...

E. GONZALEZ FIOLE



PREMIO A LA CARIDAD Y AL PATRIOTISMO DE MÁLAGA

Málaga, que ostenta honrosamente en sus blasones los títulos de «Muy Noble, Muy Leal, Siempre Denodada y Muy Hospitalaria», acaba de recibir un nuevo título que agregar á éstos, como premio á la caridad y al patriotismo que la bella ciudad mediterránea supo desplegar durante la campaña. Málaga cuenta desde ahora con el título de «Muy Benéfica», por su admirable comportamiento con los heridos y enfermos de la guerra. Reproducimos la pintura que el laureado artista D. César Alvarez Dumont ha pintado con este motivo, por encargo del Cabildo, para decorar el Ayuntamiento. La figura que en el grupo de segundo término está dando la mano á un herido, es el alcalde D. Francisco García Al-
mendro, alma de aquel movimiento patriótico

LA ESFERA

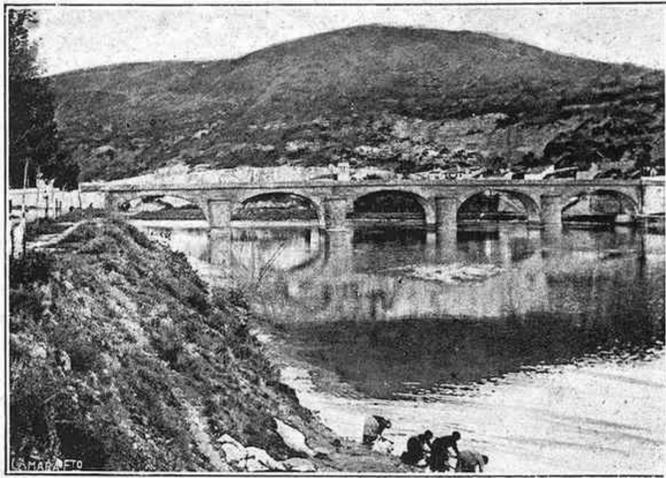
LOS CUADROS DEL MUSEO



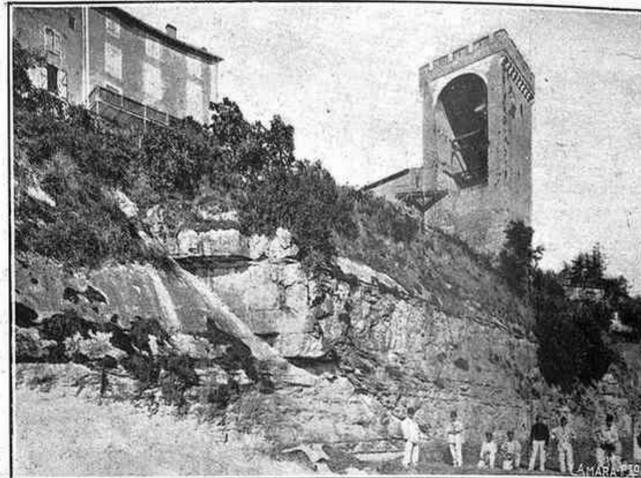
EL PINTOR JORDAENS Y SU FAMILIA EN UN JARDÍN

Cuadro de Jacobo Jordaens, que se conserva en el Museo del Prado

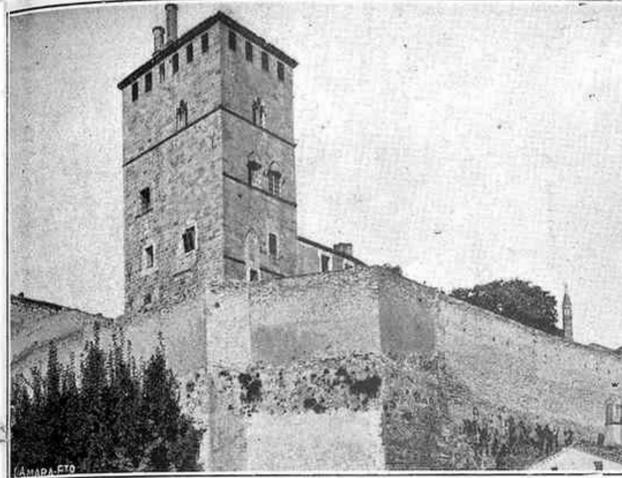
ANTE LA TORRE DE LOS COLGADOS.—LA PATRIA DE GAMBETTA



Puente Valentré



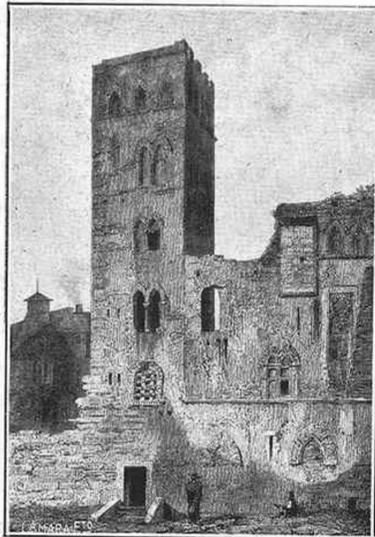
La torre de los Colgados



La Cárcel



Ruinas del convento



Torre del Papa Juan XXII (grab.º siglo XVII)

UN poco menos hondo el cauce del río, un poco menos modernizada la ciudad, y he aquí que Cahors nos ofrecería exactamente la imagen de Toledo. El río Lot la encierra en una especie de herradura; cuatro puentes cruzan de una a otra orilla, y en la hondonada del cauce las presas y los molinos turban la corriente apacible y la truecan en tumultuoso hervidero de espumas.

Empinadas cuestas nos conducen a la ciudad. También aquí, como en Toledo, las edades pasadas dejaron huellas de grandeza y poderío. Si Toledo fué capital de buena parte de Castilla, fué Cahors capital del Condado de Aquitania y luego Corte independiente de los Condes de Tolosa. Cuando se sometió al Rey de Francia, conservó su Parlamento, que legislaba, y sus Magistrados, de elección popular, que constituían una democracia soberana. Antes de eso Cahors había sido poseída por los romanos, por los visigodos, por los ingleses y por los navarros. En sus viejas piedras, como en las piedras de Toledo, queda la huella de estas razas dominadoras; pero más aún que obras arquitectónicas, creíamos encontrar allí recuerdos vigorosos de aquel Papa, que entretuvo los ocios de su Pontificado escribiendo libros de Medicina, y que figura en la cronología con el nombre de Juan XXII.

Los aficionados a las pequeñas amenidades de la Historia vemos con dolor cómo una crítica severa va despojando a este raro hombre, tan humano, tan de carne y hueso, de las leyendas con que su generación, comprendiéndole, creándole como le hubiese creado Shakespeare ó Dante, rodeó su nombre. Había nacido este hombre singular en Cahors; había pasado su mocedad en la Corte de Nápoles; había llegado al Sacro Colegio rodeado del prestigio de sus ciencias profanas, y cuando los Cardenales, encrespados en la elección del sucesor de Clemente V, le designaron árbitro y juraron aceptar por Pontífice a quien él proclamase, Santiago de Ense, que así se llamaba el hijo del zapatero remendón de Cahors—¡hasta su origen humilde quieren negar los ceñudos historiadores!—, meditó un momento, y mirando fieramente a los candidatos que se disputaban la tiara, exclamó como si el propio Espíritu Santo le inspirara: *¡Ego sum Papa!* Y lo fué.

Fué el Papa que encendió entre los teólogos, con sus sermones, la disputa llamada de la *Visión beatífica*; fué también el que tuvo que acallar y vencer la herejía, que en vano había querido ahogar en los labios de Bequard la Inquisición de Tolosa, encerrándole en un calabozo, y que ahora predicaba un tal Berenguer, creyendo incompatible con la fe cristiana la posesión de toda riqueza por mínima que fuese. Protector de escritores y artistas, de matemáticos y cirujanos, fundador de Universidades y Bibliotecas, Santiago de Ense, que había salido niño de Cahors, tuvo para su pueblo natal prodigalidades que probaban cómo quería perpetuar su nombre entre los suyos.

Así cuando hemos pedido en el hotel un guía y le hemos dicho que nos condujera ante el más hermoso monumento de la ciudad, creímos que se nos conduciría ante la torre del palacio que Juan XXII hizo edificar. Acaso—¿quién puede sujetar a buen juicio el criterio de un cicerone profesional?—se nos llevara al puente Valentré, cuyos torreones de entrada y salida nos recuerdan los del puente de Alcántara sobre el Tajo, puerta de Toledo, la más bella que ciudad alguna tiene en el mundo. Acaso fuéramos conducidos ante la originalísima *Torre de los Colgados*,

bajo cuyo arco patearon su agonía tantos desdichados condenados a muerte afrentosa, ó ante las ruinas del Convento de los Jacobinos, ó ante el Presidio, que tiene también una torre monumental de seis ó siete pisos, ó ante los murallones del Castillo del Rey, convertido en viviendas de gente misérrima, ó ante el caserón que habitó Enrique IV...

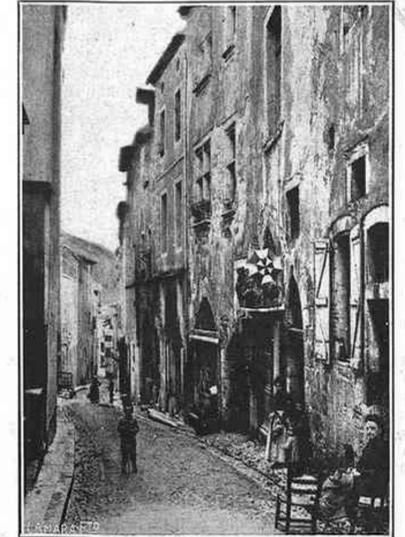
Pero no. El guía nos condujo a la bandada de turistas ante una casa burguesa, que no tenía más gracia que la de una amplia terraza ó azotea en su primer piso. Bajo ella tenían sus tiendas un anticuario, un fumista y un tabernero.

En su balaustrada, con grandes letras, se anunciaba un dentista. Era la casa número 13 de la calle llamada del Liceo. El guía nos la mostraba con gesto altivo, como si nos encontráramos ante el Partenón ó ante la Gran Pirámide. Al cabo, viendo la congoja y el temor de parecer ignorantes, que nos hacían enmudecer, nuestro cicerone dijo solemnemente:

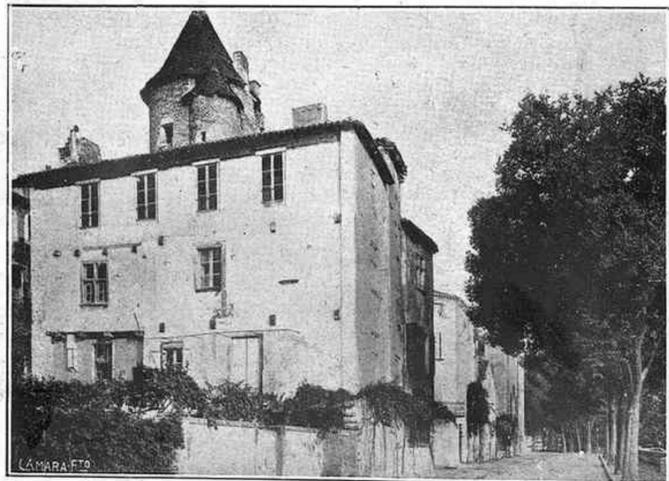
—En esta casa nació Gambetta.
¡Gambetta! ¡Qué lejos, en aquellos momentos de bellezas artísticas y de anhelo de evocaciones históricas, estaba de nuestro ánimo la figura de un parlamentario y de un abogado, por elocuente y por patriota que pareciese a su generación! Cierto es que Gambetta es un hombre que vive aferrado a la Historia por un gesto y por una frase; menos aún, por una palabra: *¡Voilà!* No hay necesidad de continuar para que todos recuerden la imprecación ciceroniana con que mostraba al enemigo. El caso es que todos los escultores le representan igual: con el dedo de una mano señalando al suelo, como si se hubiese encontrado algún objeto perdido por un viandante descuidado.

Yo, por temperamento, por convicción patriótica, por azares de mi vida, tengo un exacto juicio sobre la espiritualidad de todo hombre que se llame parlamentario, que haga su oficio ó su profesión de ser parlamentario. A Gambetta me lo había encontrado interrumpiendo el tránsito, reproducido en mármoles y bronce, en Burdeos y en otras ciudades del Mediodía francés. Y siempre me lo había encontrado diciendo lo mismo: *¡Voilà l'ennemi!* Me parece bien que un parlamentario se crea con derecho a engañar a una generación y aun a perpetuar su fama en el pueblo que engañó y explotó; pero no á obligar á unos *touristas* de buena fe á que contemplemos como cosa maravillosa la casa donde naciera. Todavía si en Cahors se nos hubiera enseñado el Liceo donde estudió Fenelón, lo hubiésemos soportado con paciencia; pero padecer las molestias de un viaje para rendir tributo á un político, es castigo excesivo de nuestra buena fe.

¡Si precisamente en Cahors tienen esa admirable y originalísima *Torre de los Colgados*, de la que debiera hacerse ediciones cuantiosas, como de los buenos libros, y poner una frente á cada Parlamento, á ver si el pueblo se atreva á que comenzara la hora de las justicias reparatoras!



Calle del castillo del Rey



La casa de Enrique IV



Puente de Luis Felipe



Vista parcial de Cahors



Casa natal de Gambetta

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

MÍNIMO ESPAÑOL

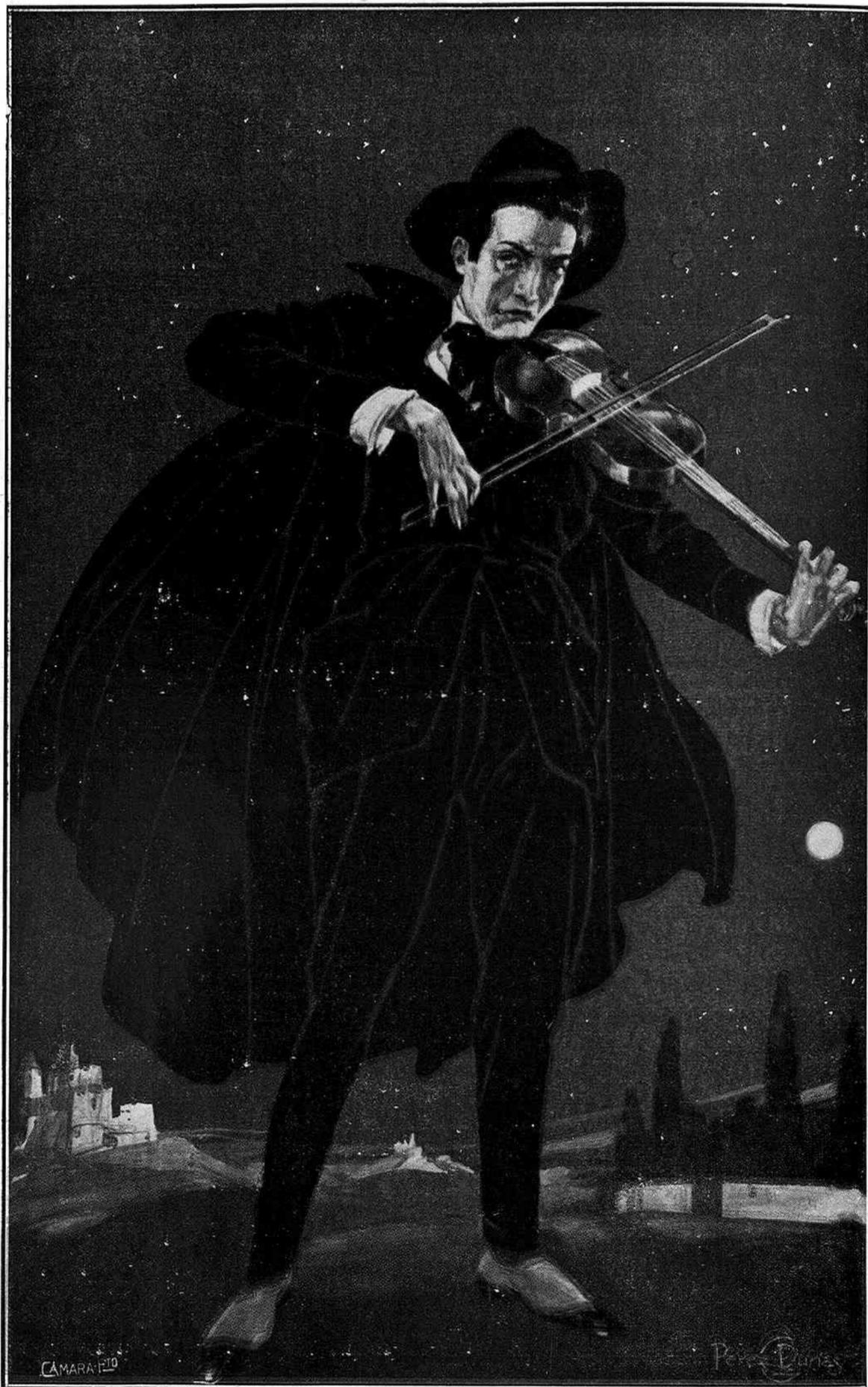
TRAGICOMEDIAS LAS ALAS ROTAS

YA había terminado la función de aquella tarde—denominada en los carteles sección aristocrática—, y el teatro se sumergía en una quietud de remanso. Sólo en la taquilla quedaba vigilante una lucecita sobre un empleado dormido, al que rodeaban los tacos de entradas multicolores. El vestíbulo, con sus anuncios y las fotografías de los artistas principales, como la sala, yacía en la obscuridad. En el pasillo de los camerinos, una ampolla eléctrica flotaba en el aire, entristeciendo aún más las paredes húmedas y azulencas, el enlosado rojo y los baúles que no cabían en los cuartos, reveladores de la distinta categoría de sus dueños, desde la bailarina andaluza, todavía con su equipaje rural, hasta el excéntrico inglés, que lleva una impedimenta decorativa. En uno de los grandes cajones, forrado de esparto, un gato gordinflón y perezoso, miniatura de un tigre, estaba hecho un ovillo y no ocultaba su voluptuosidad. Acaso la que le produjo con sus dedines de rosa una *girl* auténtica, «estrella» de la *troupe* americana, la cual tenía la costumbre de acariciar la testa del felino a tiempo de marcharse, mirándolo con sus ojos verdes, gatunos también, y pronunciando pintorescamente el nombre que aprendió un día de boca del conserje: *gatzto*; es decir: *gato*.

En la tabla dispuesta para esa misión, colgaban las llaves. Únicamente faltaba la de la *divette*, que luego de su trabajo, envuelta en un *peignoir*, en la cara, y especialmente en la mirada, refulgentes los destellos del triunfo, solía descansar fumando un cigarrillo, circundada por sus trajes de gasas, sedas y abalorios, amplia y fogosa paleta de un pintor mágico, en que destacaba melancólicamente su abrigo y su sombrero de mujercita cotidiana en una ciudad municipal. La favorita de los públicos se recreaba en su fatiga tan sabrosa. Por el montante escapaba la luz de adentro. Y de cuando en cuando el estribillo de una canción tarareada al descuido.

Soledad. Tristeza. Tedio. Y en esto sonaron unos cascabeles, los inconfundibles cascabeles armonizados que los payasos utilizan como instrumento musical. Venía el ruido del escenario. Apartando la cortina que lo aislaba del corredor, podía sorprenderse una escena pintoresca y melancólica. El tablado se hallaba en sombras, apenas alteradas por el reflejo de una ampolla junto a uno de los bastidores. Al pie de éste, un tramoyista, convirtiendo una silla en mesa, devoraba su yanta, sirviéndose directamente de la cacerola. Más allá, un radiador, y en el muro, con su blanco de yeso, reclamos, grafitos de los histriones, que no se resignaban a desaparecer sin desafiar con sus autógrafos la inmortalidad y la próxima enjabelgadura. Las tinieblas confundían los decorados en el fondo de la escena. En medio de la rampa, un aparato con sus sonajas, y un hombre y un niño. Aquél enseñaba al rapaz el arte de tocar los *Bohemios* ó *La marcha de Cádiz*, sacudiendo á golpes exactos y rígidos el ruedo de los cascabeles. Nada tan lamentable como la lección de alegría. El chico no se divertía con lo que divertiría so bremanera á los otros muchachos que asistirían al espectáculo con sus mamás y desde las butacas. Era desmedrado y vivaz, con una peluca estoposa, digno retoño del maestro, menudo, enclenque y ágil, y que en vano intentaba conservar una prestancia juvenil. Un detalle caricaturesco aumentaba la desolación del momento. Ensayaba el juglar sin haberse desposeído aún de unos pantalones de *cow-boy* en dril, irrisorio símbolo de salvaje bravura en sus piernas de oficinista, y con unos lentes de oficial quinto, calados en su naricilla, que no era el pico de un águila. Detrás del supuesto jinete de película yanqui no se adivinaba el campamento novelesco, sino un humilde euchitril en una casa de huéspedes; y allí una matrona envejecida, con restos de una gran belleza, esposa del artista y madre del aprendiz, antiguo esplendor casual de las ferias provincianas.

Más que la magnificencia de la sección aristocrática, con sus *autos* en la calle, y sus damiselas deliciosas en los palcos, interesaba el ensayo del infeliz *cow-boy* y su hijo, al que nadie atendía, ni siquiera el tramoyista, ocupado en saborear un guisote cocheril. Sin embargo, como digo, la brillante prueba pasaba inadvertida, incluso para sus mismos protagonistas. El viejo de cuarenta ó menos años, no disimulaba su desencanto. A cada pausa, parecía contemplar-



se en el fondo de su desdicha. No se aventuraba ni á recordar los días felices de su efímera juventud, los tiempos del mal estudiante, cuando alegraba las tertulias cursis con su espíritu alocado y su violín, y usaba chalina y melenas, y se lo disputaban los amigos alegres. Ellos le empujaron al histrionismo, y la vida hizo lo demás. Y ya la muerte comenzaba su labor, callada y alevosamente. El muñeco que no conseguía ser terrible con su disfraz, daba miedo con su cara de buena persona, víctima de una burla irremediable...

Y tampoco el chico mostraba un entusiasmo grande. No tardaba en aprender los trucos, resultaban graciosos sus gestos, adelantábase en maestría á su edad. Pero diríase que ya le dolía su orfandad absurda, la de tener un padre á quien se compadece, porque nadie le respeta. El muchacho, á pesar de su anémica endebles, llevaba en su personilla la marca del genio; cautivaba, prometía futuras glorias. Acaso el ro-

dar de los años sería famoso, y entonces evocará sus negras horas infantiles, y lo dirá en las entrevistas, parodiando regocijadamente el tintineo de las monedas de oro, el de los cascabeles de aquellos ensayos en un teatrillo de barriada.

—Basta por hoy—dice de pronto el maestro. Y con sumo cuidado, retira el aparato con su extraña música, un tinglado de forma atormentada, semejante á una máquina ortopédica.

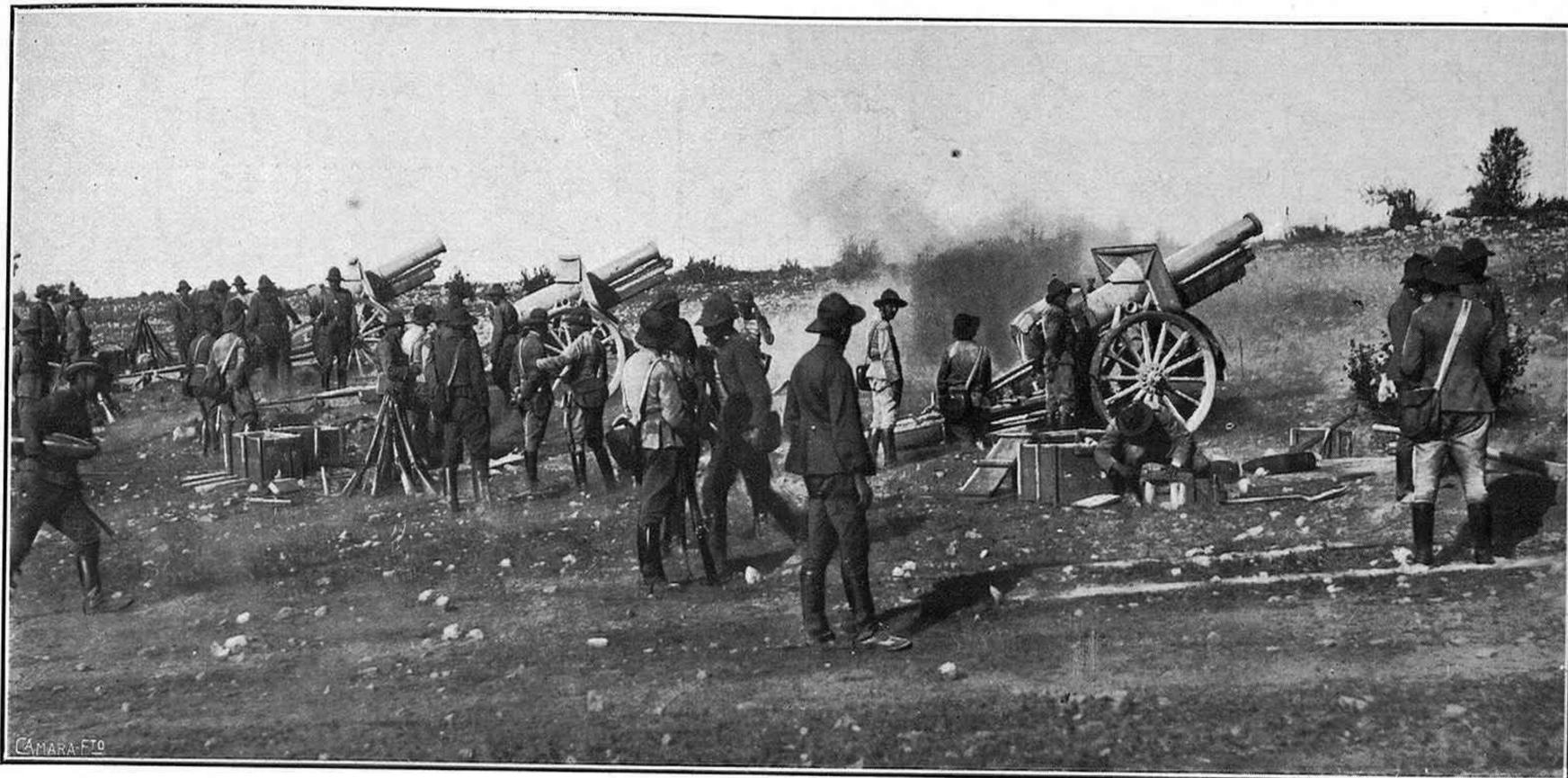
Poco después, enfundado en un gabán desteñido y blando, pero al que no falta un cuello de piel desflecada, el *cow-boy* sale á la calle, seguido del rapaz. La gente no los mira ó sonríe entre irónica y compasiva. Esa misma gente que luego casi los envidiará á la luz de la batería y el arrullo del sexteto... ¡Es el poder del arte!, como piensa y aun exclama el juglar cuando suena una palmada de la *claque* sin que se oigan siseos en la sala.

FEDERICO GARCIA SANCHIZ

DIBUJO DE PÉREZ DURIAS

LOS ARTILLEROS ESPAÑOLES

(FRAGMENTOS DE UN ESTUDIO)



II

EN los comienzos del siglo pasado, los directores de la vida nacional habían perdido el rumbo; Reyes y Príncipes, generales y ministros, iban y venían, según el capricho de los acontecimientos. Unos se habían afrancesado; otros vacilaban en su amor á la independencia. Sólo los artilleros mantuvieron siempre en sus corazones el supremo deber de la ciudadanía. Así, D. Pedro Velarde Santillán, con Daoiz y con otros sus jefes y compañeros, como Ríos, Morlás, Heros, Dottoli, etc., etc., venían preparando medios de defensa contra los invasores. Si ese pensamiento no llegó á realizarse en la forma amplia y eficaz que había soñado Velarde, al menos mantuvo la artillería en la primera línea, en la vanguardia, de que nunca retrocedió.

Así refiere un historiador de Fernando VII, proclamado Rey y restituído de Aranjuez á Madrid, luego que se sintió acorralado en su propia morada por las posiciones de que los franceses se habían hecho dueños dentro de la capital y sus inmediaciones, con lo que su persona y su poder se hallaban en secuestro, pretextando una visita al nuevo Parque de Artillería, solo, á caballo, sin más servidumbre que un caballero de campo, presentóse inopinadamente, en la tarde del 6 de Abril, en Monteleón. Añade el narrador que allí no se pronunciaron más protestas que las del acatamiento, y, sin embargo, al salir el Monarca, exclamaba:

«Estos son míos; ellos guardarán mi corona y velarán por el honor de la Patria.»

Y antes de pasar al recuerdo de los últimos días, quiero traer á cuento mis Memorias de un viaje que realicé á Alemania, cuando allí se celebraba solemne y popularmente el jubileo del Emperador Guillermo I, como Rey de Prusia. Tuve entonces la fortuna de ir á Essem y visitar la maravillosa fábrica de Krupp. Elaborábanse entonces allí cañones para España, y asistí á la prueba de uno de ellos en el polígono de Meppen. Y cuando el estampido hizo retremblar la tierra y la atmósfera, soñé con días de gloria que debería la nación á los artilleros y me afirmé en la convicción, cada día más arra-

gada, de que para que seamos respetados, para que podamos realizar nuestros fines históricos, es necesario que unamos á la razón la fuerza y que esos soldados estén dotados de elementos de combate, tan fuertes como son precisos y como merecen la ciencia, la lealtad y la bravura de la artillería patria.

ooo

Los artilleros ocultan sus méritos y disimulan sus servicios, como si los realizasen por el sublime placer de realizarlos, con cierto desdén de la fama y del aplauso. Así he ido procurando enterarme de esos nobles empeños. No lo he conseguido sino parcial y escasamente.

En tres categorías pueden clasificarse los hombres en cuanto á este punto. Los que nos hablan de hazañas que no ejecutaron; los que las dejan conocer después de hacerlas; los que las hacen y no las cuentan...

A este último grupo pertenece la artillería española.

Y no sé si tan severísima austeridad conviene, porque los procedimientos sobrehumanos han de realizarse, no sólo por su eficacia intrínseca, sino por lo que contengan de ejemplo. Nunca es ese ejemplo tan necesario como ahora, porque barre la tierra el huracán del egoísmo; y si los malos ostentan su protervidad y los

virtuosos esconden sus méritos, aquéllos irán progresando en sus viles campañas.

De las incompletas referencias que á mí llegaron, se destaca el teniente D. Diego Flomesta, el que allá en una posición de Abarrán quedó con otros dos defensores de su batería. Sin auxilio de nadie, con poquísimas municiones, sin agua y sin comida, en la horrible sequedad del Julio marroquí, permaneció hasta que, envuelto en la masa innumerable de los enemigos, cayó prisionero para continuar el martirio. Resistió á las amenazas, á los castigos, al hambre y á la sed, y cayó, al fin, llevándose en su corazón y en sus labios la consagración de su heroísmo... Su alma habrá ascendido, humanamente pensando, al paraíso de la eterna dicha, donde ingresaría en la falange de los inmortales sobre cuyo celestial campamento flotan, para reverenciarlos, los ángeles de amplias alas y de luminosas cabelleras... Ese artillero memorable que no ha mucho vivía bajo el amparo de la escuela segoviana, partió para siempre... ¡Viva Diego Flomesta!

Y he aquí otros nombres insignes, parejos á los de Flomesta en el sacrificio y en la fama:

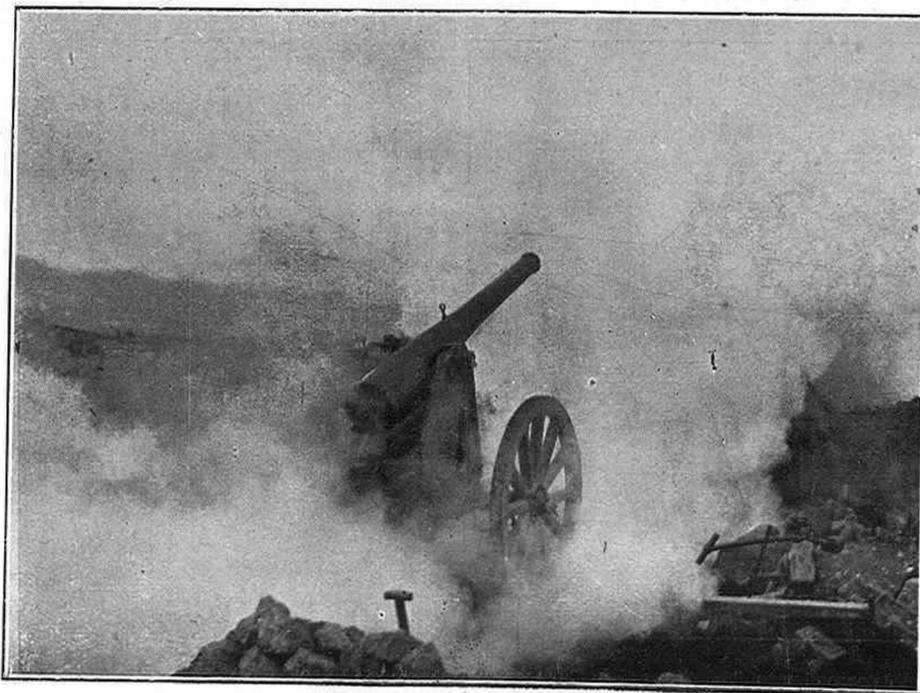
Comandante D. Alfredo Marquerie Ruiz Delgado; capitanes D. Ramón Blanco Díaz de Isla, D. Julio Díez Conde, D. Alfonso Rodríguez Juguera, los hermanos de la Paz Orduña, D. Francisco Rubio Usera; tenientes D. Francisco Gracia Benítez, D. Antonio Cortina Roca, D. Ignacio Gomá Beltrán de Guevara, D. Julio Bustamante Vivas, D. José López Cordón, D. Natalio Grande Fernández Bazán, D. Pedro Gay de la Torre, D. Zenón Villoldo Hostulet; teniente (E. R.) D. Nicasio Gómez Arriero; alféreces D. Trinidad Balazote Miras y D. José López Gurado.

Y con ellos vivan en la memoria de los buenos ciudadanos: Juan Elorriaga Sartorias, Barleta, Manuel Corominas, Iglesias, González Balia, Manuel Bandín Delgado... Y los demás en cuyo enquerimiento me he afanado sin éxito.

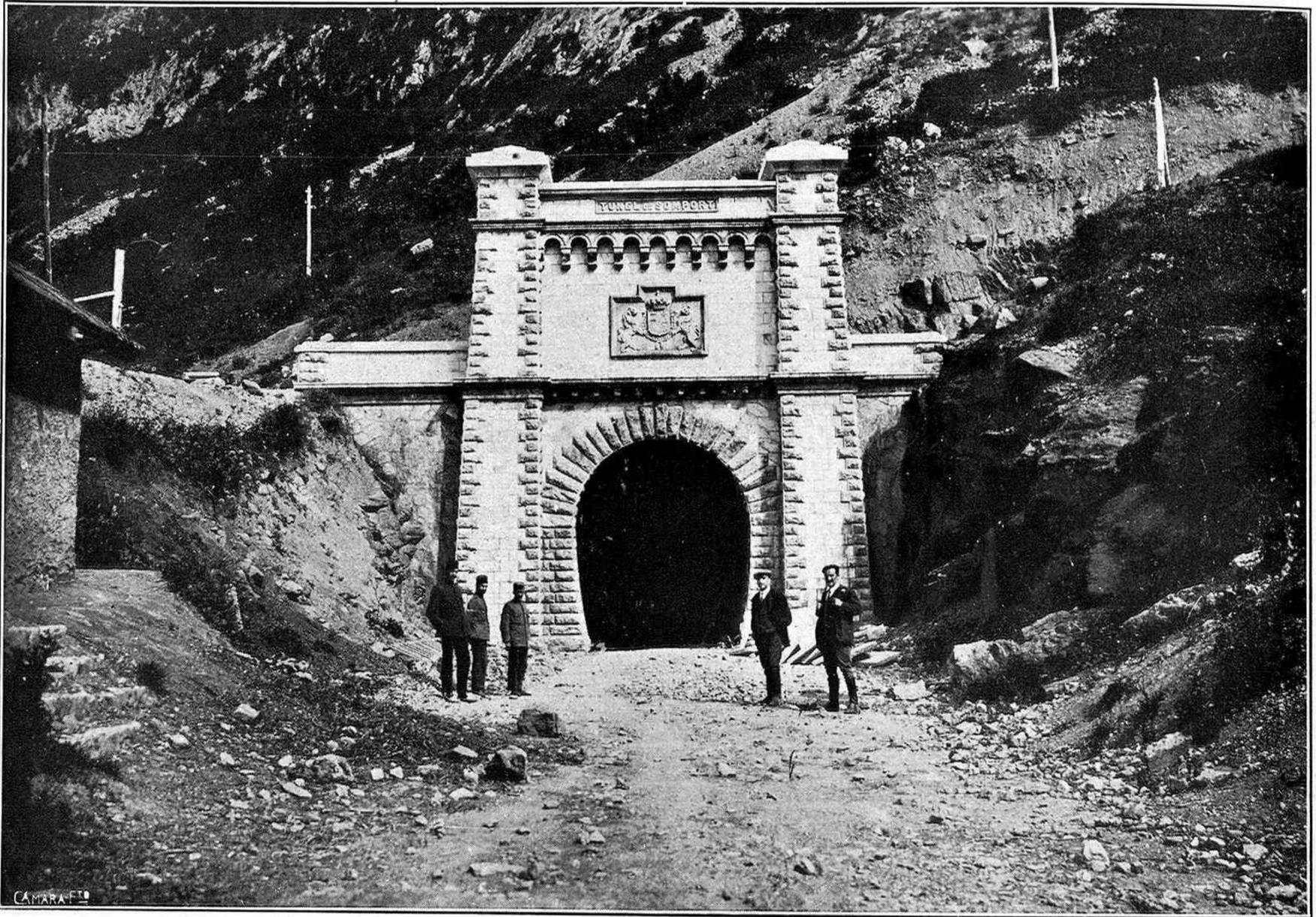
La Academia segoviana se proyecta con éstos, con los antiguos y constantes ejemplos sobre la existencia nacional, como un alcázar de oro. El Alcázar del Santo Grial.

J. ORTEGA MUNILLA

FOTS. DÍAZ Y LÁZARO



Inauguración del túnel internacional de Canfranc



Entrada al túnel internacional de Canfranc, de cerca de ocho kilómetros de longitud, que se inauguró el 25 del pasado Julio con asistencia de importantes personalidades políticas

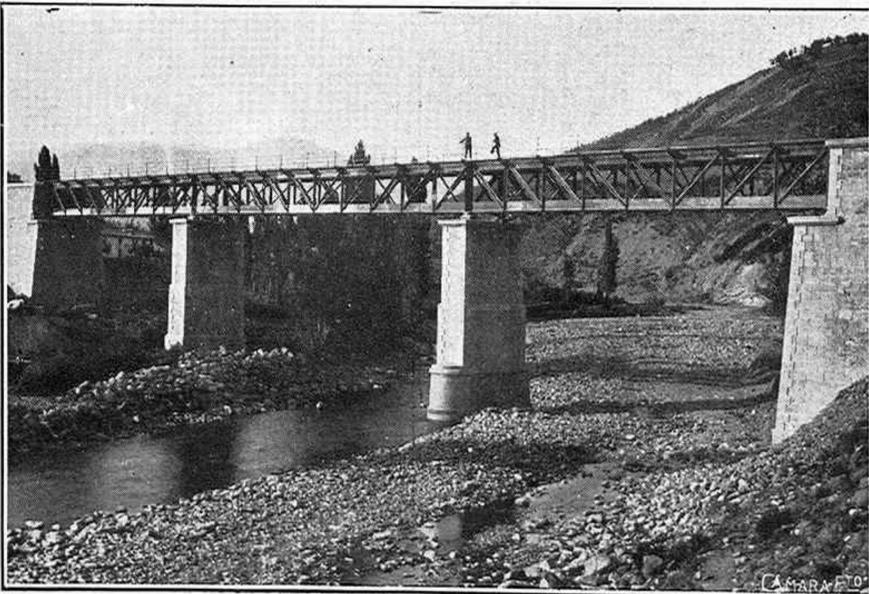
EL día 25 del pasado mes de Julio se celebró la inauguración del túnel de Canfranc. Al solemne acto, que tiene una indudable trascendencia, concurrieron ilustres personalidades políticas y técnicas, que contribuyeron á dar á la inauguración un caluroso entusiasmo y un extraordinario relieve.

Obra que acusa en su construcción una admirable maestría técnica, el túnel internacional de Canfranc puede considerarse como uno de los más atrevidos y maravillosos prodigios de la moderna ingeniería española. A su valor material debe añadirse la enorme importancia que adquirirá de este modo la línea de Canfranc, por ser lazo de unión entre las fronteras española y francesa.

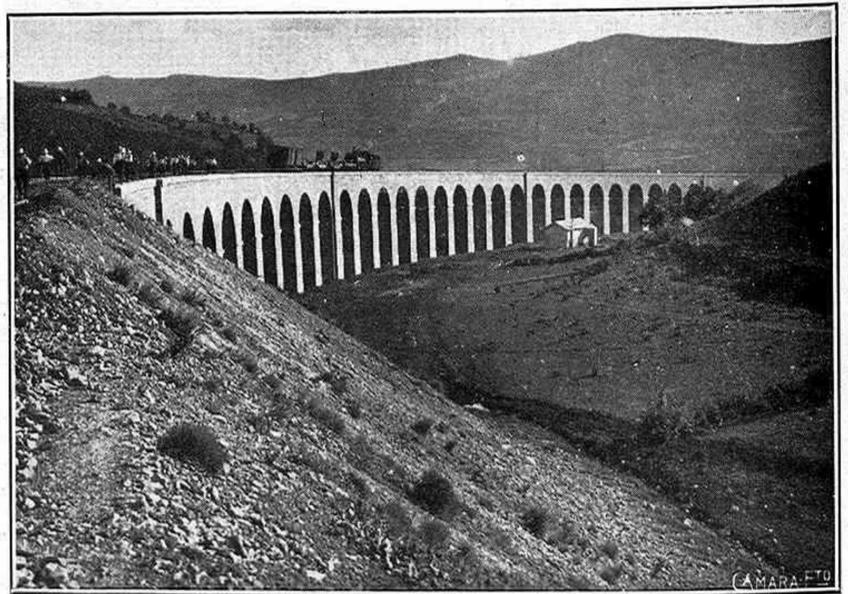
La inauguración constituyó un entusiasta acto en que la multitud y las autoridades pusieron á contribución todo su apoyo para que resultase una cosa digna de la trascendencia que tenía el momento. La loco-

motora llegó felizmente hasta la embocadura del túnel internacional, gigantesca obra de ocho kilómetros de longitud, que pronto unirá á España con Francia.

Entre los que figuraban en el tren, se hallaban varios ilustre ingenieros de las comunicaciones transpirenaicas, numerosas señoritas y una gran multitud de curiosos. Los trabajos que han sido ejecutados en esta línea atrevidísima encantaron á los expedicionarios, que también se mostraron entusiasmados ante las espléndidas bellezas que la Naturaleza ofrece en aquellos hermosos y abruptos parajes. Ante la estación de Canfranc, el obispo de Jaca bendijo la locomotora y pronunció después un bellissimo discurso de tonos elevados, que fué un admirable canto al amor, á la fraternidad, al trabajo y á la ciencia. Durante todos los momentos de la inauguración reinó el más franco espíritu de cordialidad y de fervor por el bien material y espiritual de España.



Puente de ochenta metros de longitud, construído para el paso del ferrocarril de Canfranc, sobre el río Aragón, en Castiello



El magnífico viaducto de San Juan, que tiene veintiocho arcadas, diez y ocho metros de altura y treinta y cinco de longitud

TOMÁS MORALES

EL POETA DEL ATLÁNTICO

Fue preciso que le naciera á España un hijo unguido por las musas en las Islas Canarias, para que el idioma de Castilla tuviese su cantor del Océano.

España está casi totalmente rodeada por el mar; pero Castilla no lo ve, y su hegemonía del idioma sobre las demás regiones hizo que en las obras de sus poetas el mar estuviese ausente.

Un cantor del mar tenía forzosamente que estar identificado con él, para poder apresar en sus versos la amplitud y la claridad del Océano. Tal fué el caso de Tomás Morales. Su *Oda al Atlántico* no tiene precedente en lengua castellana.

En su primer libro de versos, *Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar*, junto á un sentido panteísta de la existencia, un cierto amor á los sentidos, halagados por el paisaje maravilloso que rodea al poeta, se advertía su predilección por el mar. Ya entonces cantaba:

«El mar es como un viejo ca-
[marada de infancia,
á quien estoy unido con un sal-
[vaje amor...»

Este fecundo amor maduraria más tarde en su *Oda al Atlántico*, dividida en XXIV cantos breves, reveladora de un estro privilegiado. Obra de plenitud, se percibe en ella la voluntad cósmica que preside la inspiración del poeta.

«Mar azul de mi Patria, mar
[de Ensueño,
mar de mi infancia y de mi ju-
[ventud!... ¡Mar mío!»

Bien pudo hablar así Tomás Morales, porque ya su nombre, como cantor del Atlántico, vive para siempre en el Parnaso castellano y es una constelación nueva en el cielo de la poesía...

EL POETA DE LAS PALMAS

No sólo fué el cantor del Atlántico Tomás Morales; fué también, y de modo excelente, el cantor de Las Palmas.

Por virtud de sus versos, todos los lugares característicos de la ciudad tienen una calidad poética: la ciudad comercial, la calle de Triana, la ciudad primitiva, las tiendecitas de turcos, la calle de la Marina, el barrio de Vegueta... Toda Las Palmas está en los versos de Tomás Morales, extraordinario poeta civil, pero nunca exento de substancia lírica, de honda emoción.

UN RECUERDO

Hace próximamente un año pasamos nosotros por Las Palmas. Tomás Morales estaba enfermo.

Después de una fiesta de poesía, en la

que lamentamos su ausencia, fuimos á ofrendarle un ramo de rosas. Estaba en el lecho, pálido y demacrado. Los cabellos negros y abundantes de su melena romántica daban á su rostro una calidad de marfil, aunque su largo cuello delgado hacía que nos pareciera una flor, un lirio que se marchitaba, similitud que sólo pue-

si no lo hiciera, mi obra quedaría fragmentaria. Hasta ahora he dado en mis versos mi emoción de isleño frente al mar y el mundo que nos llega por él; necesito salir al mundo, vivir en Europa y América, para ver qué emociones se despiertan en mi alma, con qué ligaduras se ata mi espíritu á las otras tierras...

Así hablaba el poeta, con el fervor del que se refiere á un culto largo tiempo alimentado. Y sus palabras hacían á su alrededor un trágico silencio.

Si alguien hubiese arrancado en ese momento la máscara de nuestro rostro, se nos hubiese visto llorar á todos.

Los labios del poeta estaban exangües, y en sus ojos divagaba una sombra de muerte.

Todos teníamos la evidencia de su próximo viaje sin retorno. De sus Islas hubiese podido salir un día; pero de la isla que ya no pudo salir, fué de la muerte.

Un mes más tarde, todo aquel sueño prodigioso, aquel espíritu radiante, aquel mundo de belleza, se encerraba para siempre en las cuatro tablas de un ataúd, en la tierra donde nació y cantó...

Dijérase que en este poeta, representativo del espíritu isleño, se cumplía una voluntad superior de su raza: el mar, que tan maravillosamente cantó, no fué tampoco para él camino, sino cerco dentro del cual, después de tanto soñar, duerme su sueño definitivo...

UNA IDEA

En Las Palmas, frente al mar, se proyecta levantar un gran monumento á D. Benito Pérez Galdós, nacido en aquella Isla para gloria de España.

La idea es grandiosa, y el monumento será digno del genio de la raza al cual conmemora. Pero allí también, en Las Palmas y frente al mar, al que supo cantar tan maravillosamente, se debía levantar la escultura de Tomás Morales.

Sería una estatua representativa y de una emoción casi religiosa para las generaciones venideras, que aprenderán cuanto hay de simbólico en el canto de este poeta.

De sus labios de mármol ó de bronce les parecería escuchar la palabra definidora de su espíritu.

Una estatua que sugiriera, que hasta pareciera decir aquellos versos con que finaliza su *Oda al Atlántico*:

«El alma temblorosa se anega en tu corriente.
Con impetu ferviente,
hinchidos los pulmones de tus brisas saladas
y á plenitud de boca,
un luchador te grita: «¡Padre!», desde una roca
de estas maravillosas Islas Afortunadas...»



TOMÁS MORALES

Malogrado poeta, cuyo primer aniversario se cumple en estos días
(Busto en bronce, original de Victorio Macho)

den sugerirnos una mujer, un niño ó un poeta.

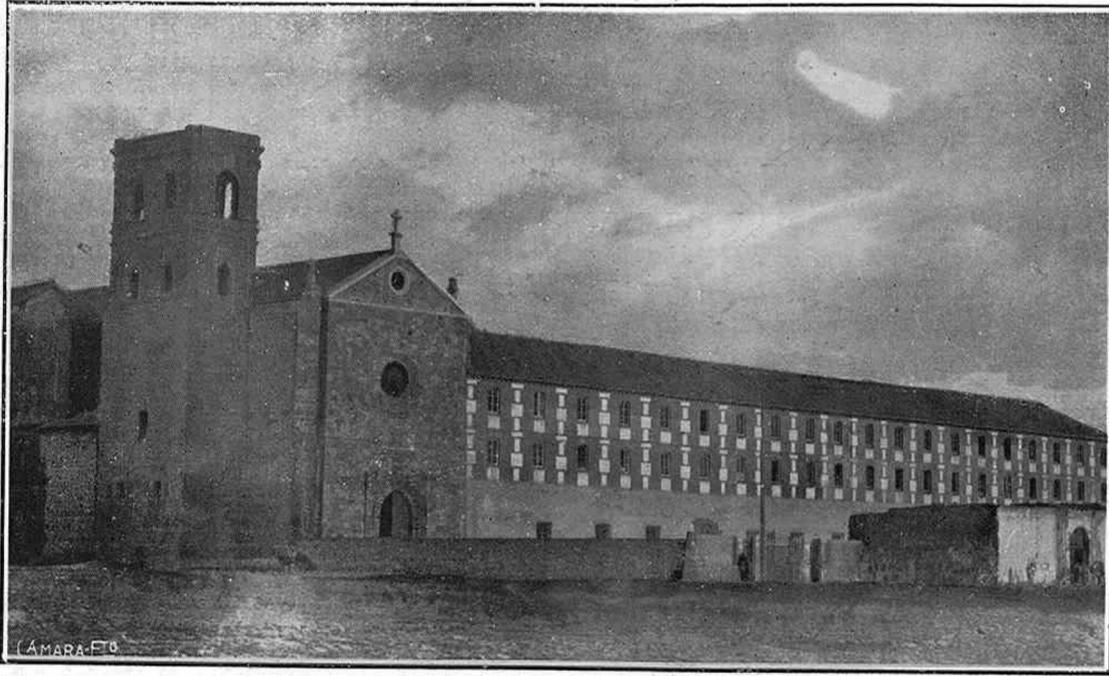
Profundamente emocionado, nos agradeció la lírica ofrenda, y sus ojos se iluminaron con llamas fugaces. Eran las hogueras de una antigua ilusión, avivadas á nuestro paso de peregrinos que íbamos á lejanas tierras.

—Yo también pienso hacer un largo viaje— nos dijo—. Es necesario, para terminar mi obra, para hacer el tercer libro de *Las Rosas de Hércules*. Este viaje, en el que pienso desde hace mucho tiempo, responde á un ideal estético;

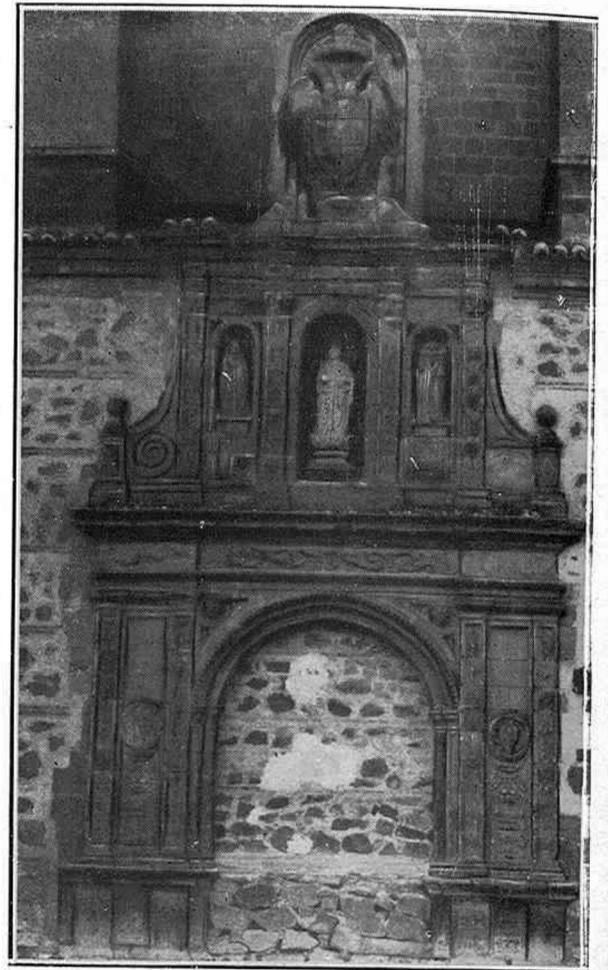
VALENTÍN DE PEDRO

ALMAGRO HISTÓRICO Y ARTÍSTICO

El Monasterio de Calatrava



Vista general del edificio



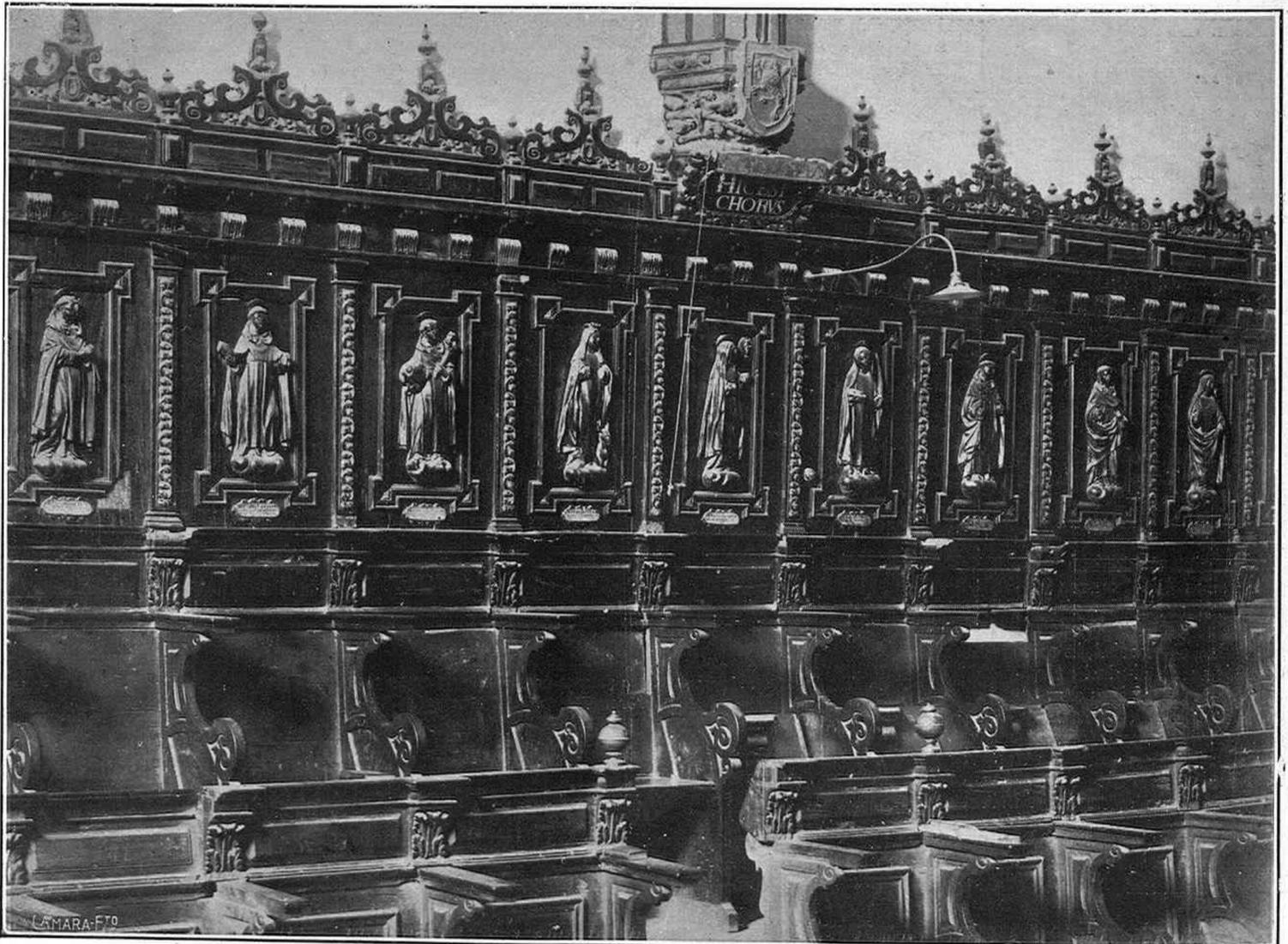
Primitiva puerta del templo, hoy inhabilitada

PARA la sensibilidad de cualquier espíritu un poco selecto, un poco culto—que no quiera merecer el duro dictado de un escritor contemporáneo cuando afirma que «el que no conoce la historia de su país es un inclusero»—, la investigación retrospectiva acerca de la remota vida de ciertos pueblos no puede dejar de ser interesante. Y Almagro, perteneciente hoy á la provincia de Ciudad Real, es uno de estos pueblos aromados por las leyendas del pasado. Envueitos los orígenes de la antigua villa de Almagro durante los primeros siglos de nuestra Era en el más impenetrable misterio, es lo cierto que fué rápidamente poblándose á raíz de la gloriosa jornada conseguida por Alfonso VIII, en las Navas, á principios del siglo XIII, disfrutando un largo periodo de brillantes pompas históricas y significados privilegios que en el año tercero del siglo XVIII le valieron su elevación al rango de ciudad. Después de las heroicas victorias de la memorable Orden Militar, creada merced al arrojo del abad de Fitero, frey Raimundo, en la temeraria defensa de Calatrava la vieja durante las encarnizadas luchas de la Reconquista, los maestros de la referida Orden, cuya preponderancia alcanzó su mayor apogeo en el sacro castillo de la nueva Calatrava, trasladaron su residencia á Almagro, con sus mesnadas y boato, émulo de los Reyes, que fué la Corte de dichos grandes maestros donde levantaron su magnífico palacio, que aún existe, y á los que debe la población almagreña todo su renombre y todas sus tradiciones históricas, puesto que la caba-

llesca institución de que éstos eran jefes supremos culminó por la prestancia de su bélico espíritu á una altura verdaderamente asombrosa á través de toda la Edad Media.

Celebra Cortes en Almagro, en 1273, el sabio Rey de las Partidas para resolver sobre los hostiles intentos de los pueblos quejosos de sus agobiadores tributos; consuma Don Pedro el Cruel su sanguinaria venganza contra el maestro D. Juan Núñez del Prado, prendiéndole en su propio palacio maestral para luego degollarle en el castillo de Maqueda; se opone una valerosa resistencia al Infante de Aragón D. Enrique al pretender arrebatar el Maestrazgo á don Fernando de Padilla; es fundada por el clave-

ro Fernando de Córdoba una célebre Universidad, semejante á la de Alcalá, encomendada á la Orden de Predicadores de Santo Domingo, que fomenta la sed de cultura y de refinada devoción por las cosas del espíritu, circunscripta entonces casi totalmente á la Teología, Filosofía y Cánones, y produce un plantel innumerable de licenciados, maestros, bachilleres y doctores; entra José Bonaparte con una división de Infantería y la Caballería ligera del mariscal



Detalle de la sillería del coro



Víctor, regresando al poco tiempo á Madrid sin proseguir su campaña, siendo mucho lo que sufre el pueblo en aquella época de franceses y guerrilleros. En múltiples ocasiones fueron los campos de Calatrava teatro de espantosos empuños guerreros, y por espacio de extenso número de años figuró Almagro, antigua capital de la Mancha, á la que pertenecían más de cuarenta pueblos, entre las poblaciones más importantes de España. Las calles, las fachadas, los suntuosos edificios, el ambiente, todo, en fin, tiene el rancio prestigio de lo siglos pretéritos... Muchos, muchísimos son los acaecimientos históricos de Almagro, y muchísimos también sus prodigios arquitectónicos, acaecimientos y prodigios verdaderos, propios, de auténtica fidelidad, que acaso en un trabajo de mayor reflexión y amplitud exponga alguna vez el autor del presente artículo. Hoy únicamente queremos concretarnos al convento de Calatrava—otro día les tocará á otros monumentos—, del que traemos á estas páginas una ligera impresión gráfica del mismo, haciendo á la par algunas referencias sintéticas que darán á los lectores una leve idea de su origen y de su mérito indudable, prescindiendo, como es natural, de efectos religiosos, que no son del caso, porque tan sólo nos impulsa á mover nuestra pluma un objetivo puramente artístico.

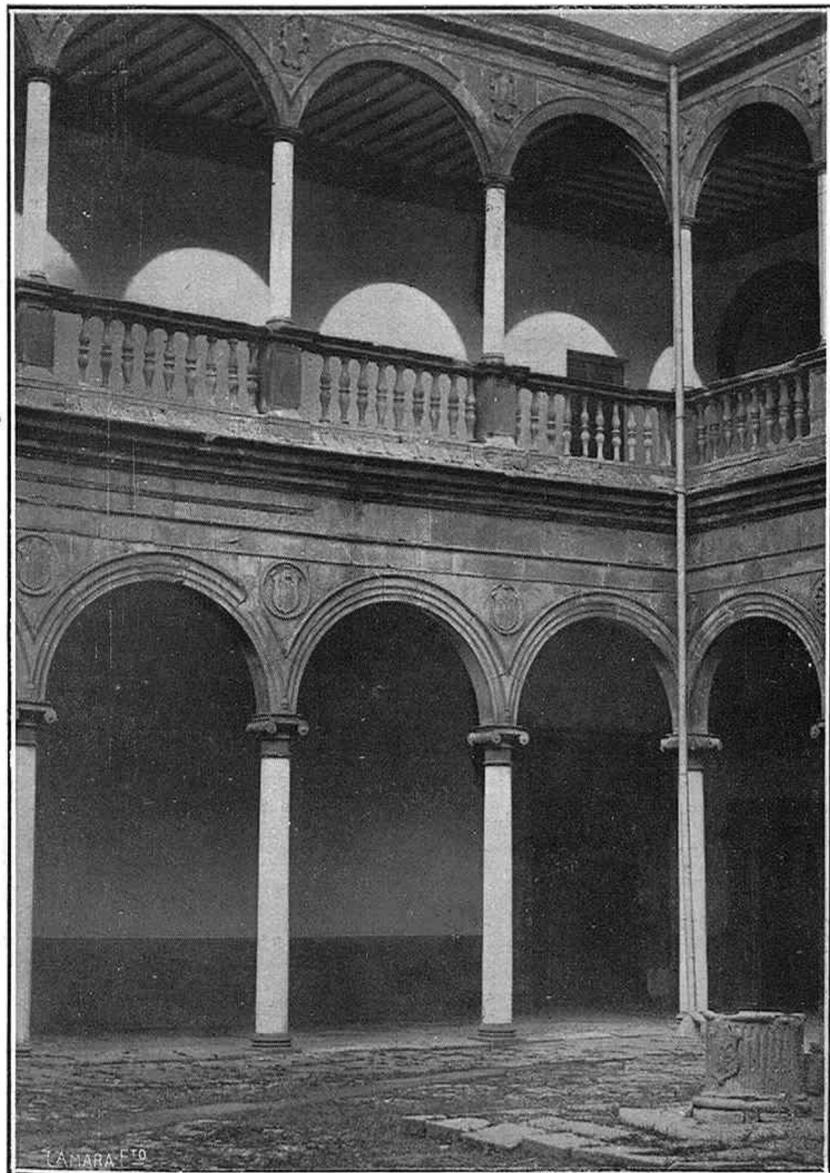
Este monumento, que podríamos calificar de póstumo, como construido después de la incorporación definitiva, en 1523, de los Maestrazgos á la Corona, reinando Carlos I, con lo que la Orden de Calatrava, al igual que todas, perdió su antiguo influjo y poderío, erigióse, no sin gran número de vicisitudes, merced á la piadosa generosidad del comendador mayor D. Gutierre de Padilla, quien destinó una crecida suma para la creación de un Hospital en Almagro, aplicándose el sobrante de ella á la edificación de este monasterio de Calatrava, cuya severa mole se alza en una dilatada planicie de las afueras de la ciudad. Fué concluida la grandiosa obra en 1543, y seguidamente instalóse en el convento una Comunidad de monjas de San Bernardo con la cruz é insignias de Calatrava. Al trasladarse á Almagro en 1804 los moradores de la casa matriz ó castillo-convento de la nueva Calatrava, caído en espantosa ruina,

tras una breve estancia en la residencia de los jesuitas, que habían sido expulsados por Carlos III, acomodáronse en el monasterio de Calatrava, ya desalojado por dichas monjas, permaneciendo en él hasta el decreto de exlaustración de 11 de Octubre de 1835, á virtud de lo cual pasaron al Estado sus bienes y fueron vendidos á bajo precio. Transcurrió mucho tiempo, y al fin, en Diciembre de 1903, previa una restauración importantísima, se ocupó nuevamente por la Comunidad de frailes Dominicos, que aún continúa disfrutándole. Mudo, solitario y hermético, quedó el sagrado recinto, con soledad de panteón majestuosamente sombrío, durante los sesenta y siete años que permaneció abandonado á consecuencia de la audaz política de D. Juan Alvarez de Mendizábal, de aquel revolucionario hacendista colaborador del popular Riego, que tantas execraciones ha merecido de la Iglesia Católica y tantos entusiásticos encomios de los enemigos de ésta, por creer, sin duda, que á él debe la nación española el afianzamiento del régimen constitucional y el progreso de sus ideas políticas.

Gran número de admiradores ha tenido, tiene y tendrá el valioso mo-



Barandilla de la escalera principal



Un aspecto del patio

nasterio que nos sugiere este trabajo. El artista, el historiador ó el arqueólogo es fuerza que ante tal maravilla rindan todo su respeto admirativo: En la visita que verificó á Almagro nuestro actual Monarca Don Alfonso XIII, en 1906, mostró un vivísimo entusiasmo por el monasterio de Calatrava, para el que tuvo frases de alto y sincero elogio. Otro tanto ocurre á todo el que traspasa sus umbrales. Y realmente, no es digna sino de alabanzas esta hermosa página de arte grabada en piedra y en mármol. La barandilla de la escalera principal, de contextura gótica moderna, sin la pesadez del estilo gótico primitivo, es un prodigio de buen gusto, y la urdimbre de sus pétreos calados encierra un mérito innegable. El patio, con su exquisita modelación de primorosa elegancia, donde las delicadas molduras que van de imposta á imposta; la valiente gentileza de los arcos; la refinada perfección de los capiteles y bases de las esbeltas columnas de mármol de Carrara, construídas cada una de una pieza, y toda la general armonía, en suma, de sus claustros altos y bajos, hacen que involuntariamente nos extasiemos en evocaciones de otros tiempos, en seculares añoranzas de lejanos arcaís-

mos... El magnífico aljibe, soberbia obra subterránea, cuyo amplio espacio abovedado hallase construido magistralmente, llamando la atención, tanto por su bellísima factura como por su nada usual capacidad. La preciosa y artística sillería del coro, avalorada con un fino tallado de motivos religiosos, es toda ella doble y primorosamente pulimentada hasta en los menores detalles. Los profusos adornos de la primitiva portada de la iglesia, el retablo del altar mayor, las altas y aéreas naves, los artesonados de los techos, toda la vasta estancia del monacal edificio constituye un florón no despreciable dentro de la abundante monumentalidad ibérica, fruto en su mayoría, como lo es este convento, de aquellos legendarios lustros—época de transición arquitectónica—del quinto Carlos y el segundo Felipe, ¡en los que nunca se ponía el sol en los dominios españoles!... El estilo de arquitectura, en conjunto, que campea en la religiosa mansión de que aquí tratamos, es el de la referida época de transición del siglo xv al xvi.

Actualmente no queda á Almagro sino el recuerdo y el encanto de sus pujantes días idos para siempre, y estas centenarias prendas artísticas, como el monasterio de Calatrava, donde moran unos graves varones de toscos hábitos monacales que meditan al melancólico rumor de las solemnes cadencias litúrgicas, siendo á la vez símbolo de una patria de bronce, de piedra, de escudos nobiliarios y de colosales murallas, pilares únicos en que quiso apoyarse la raza, y que al cabo no fueron lo suficientemente sólidos para mantenerla en su vieja alcurnia, en su proverbial ejecutoria de vigor y de arrojo... En esto han venido á parar tantas arrogancias y esplendores, que—¡á semejanza de otras múltiples magnificencias de las oscuras décadas medievales!—pasaron perdurablemente á la Historia, como muertos signos de una España legendaria y gloriosa que pugnó por ser grande, próspera, valerosa, y sólo consiguió ser un poco ciega, un poco temeraria y otro poco fantástica.

MANUEL CAMACHO BENEYTEZ

FOTS. SÁNCHEZ

RASGO FILANTRÓPICO EN SEVILLA

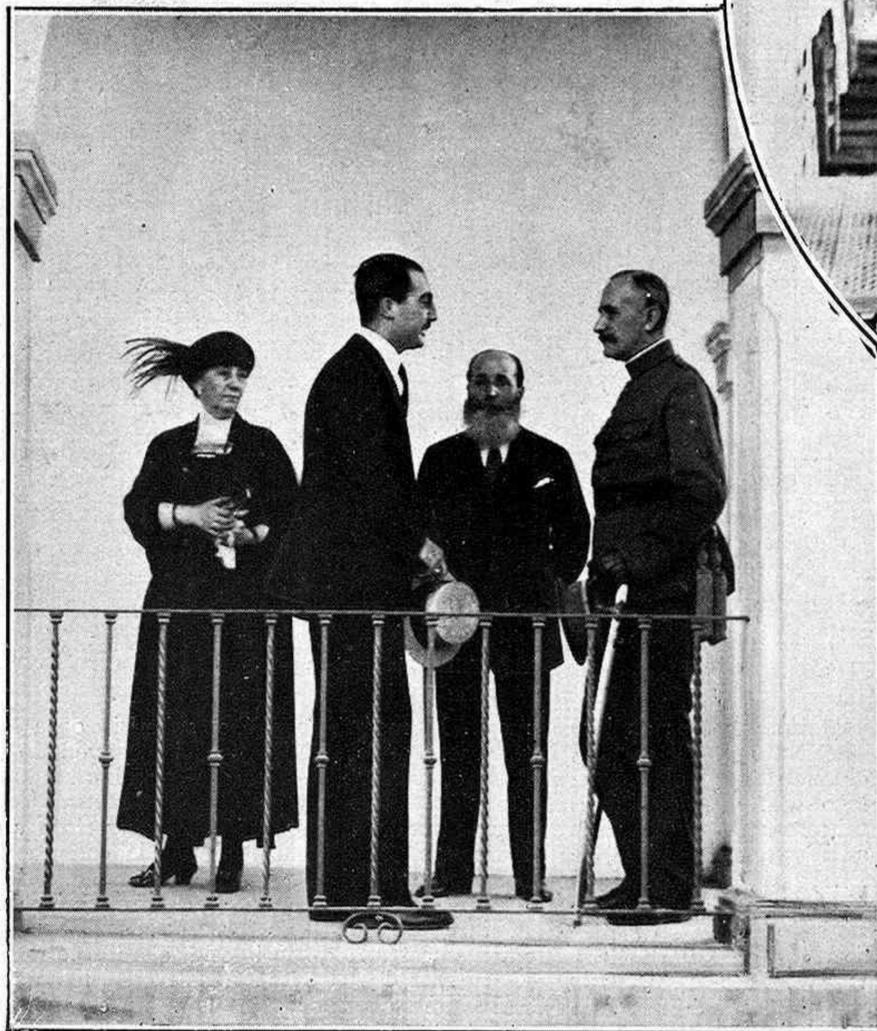
Donación de un gran Hospital á la Cruz Roja

Los corazones sevillanos han vibrado de gratitud al presenciar un espléndido rasgo filantrópico: la donación de un magnífico Hospital, construido á expensas de los señores de Sánchezdalp y Marañón, herederos de D. Juan Marañón y Lavín, á la Cruz Roja Española. Empezado á construir para Asilo Nocturno de Mendicidad de Sevilla, razones muy poderosas de alto interés patriótico y social aconsejaron dedicarlo á Hospital Dispensario de la Cruz Roja.

El nuevo edificio, de elegante y bella traza, como no podía menos de ser, construido bajo la inteligente dirección artística del ilustre agricultor y eminente arqueólogo don



S. A. R. la Infanta doña Luisa recorriendo las dependencias del nuevo Hospital para la Cruz Roja, acompañada por la bella y bonísima señora de Sánchezdalp



La marquesa de las Torres de la Pressa, el conde de Casa Galindo y D. Miguel Sánchezdalp escuchando del Infante D. Carlos honrosas frases de elogio con motivo de la espléndida donación del hermoso Hospital para la Cruz Roja, en Sevilla

más entusiastas felicitaciones por su generoso y ejemplar rasgo, digno ciertamente de ser imitado por todos los poderosos, y oyeron cómo se les recordaban las palabras pronunciadas por el Rey recientemente al visitar aquel edificio, cuando vió tan magna obra, realización de un hermoso pensamiento; conmovido, no pudo contenerse y exclamar: «Siempre Sevilla la primera para el bien y el amor.» Al oirlas repetir en labios de los circunstantes, el Sr. Sánchezdalp hacía resaltar el poderoso influjo que la Reina había ejercido para que aquel Hospital fuese destinado á los fines que lo ha sido.

Miguel Sánchezdalp, es un establecimiento amplísimo—dos de sus alas miden 50 metros de largo cada una—, proyectado y ejecutado con sujeción á las más modernas normas sanitarias y artística y severamente decorado.

Al acto de la entrega, que revistió gran solemnidad, asistieron los Infantes don Carlos y D.^a Luisa, el arzobispo de la diócesis, las autoridades civiles y militares y una numerosa representación de la aristocracia sevillana.

Al recibir la Infanta D.^a Luisa, Presidenta de la Cruz Roja Española en Sevilla, las llaves del nuevo edificio, el alcalde de la capital de Andalucía, Sr. Conde de Halcón, pronunció un elocuente discurso, elogiando la nobleza de sentimientos y la generosidad filantrópica de las familias de Sánchezdalp y Marañón, á quienes en nombre de la ciudad manifestó la más honda gratitud.

La Infanta D.^a Luisa, visiblemente emocionada, reiteró en amables frases su gratitud y la de la Cruz Roja á los donantes.

Terminada la conmovedora ceremonia, los señores de Sánchezdalp obsequiaron con sus peculiares esplendidez y buen gusto á todos los presentes; recibieron las



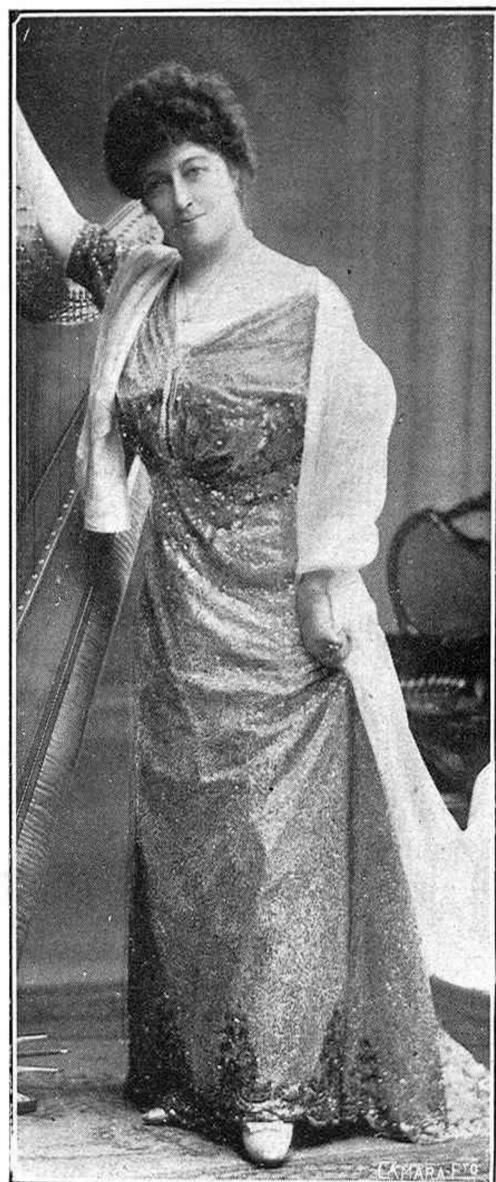
Entrega del edificio construido á expensas de los señores de Sánchezdalp y sus sobrinos los señores de Marañón, para Hospital de la Cruz Roja, á la presidenta en Sevilla. S. A. R. la infanta doña Luisa, en uno de los salones para enfermos FOTS. SERRANO

DE NORTE A SUR



Fiesta aristocrática en Sevilla.—Un interesante momento de la elegante fiesta que los señores de Sánchezdalp dieron en su artístico y suntuoso palacio en honor de SS. AA. RR. los Infantes D. Carlos y doña Luisa. A la fiesta, celebrada con extraordinario esplendor, concurrieron numerosas y aristocráticas personalidades andaluzas, que felicitaron con vivo entusiasmo á los señores de Sánchezdalp por el lujo y la distinción desplegados para obsequiar á SS. AA. RR.

FOT. SERRANO



La señorita Gloria Keller Fajarnés, ilustre profesora del Real Conservatorio, fallecida recientemente en Madrid

El domingo 23 del pasado mes de Julio ha fallecido en Madrid la señorita Gloria Keller Fajarnés, ilustre profesora en el Real Conservatorio y una de las figuras más prestigiosas de la Pedagogía musical. Su carrera brillantísima, sus profundos conocimientos técnicos, la habían hecho llegar rápidamente á poseer uno de los nombres de más legítimo prestigio y de más indiscutible valor entre los que se dedicaban á la enseñanza de la música en España. Era la señorita Keller una virtuosa del arpa, que manejaba con extraordinaria maestría. Fué profesora de la más selecta parte de la sociedad madrileña, y su muerte ha causado una dolorosísima impresión en los círculos aristocráticos, en los cuales era muy conocida y había sido muy festejada en diferentes ocasiones la insigne artista. A esta indiscutible reputación de que gozaba entre nuestra más alta sociedad la señorita Keller Fajarnés, le habían hecho acreedora su constante labor en pro de la enseñanza de la música, su afable carácter, su dominio en materias musicales y su gran mérito como arpista de valor innegable.



Boda de la señorita Angelines Ezquerra con D. Santiago Sánchez Villa, celebrada recientemente en la Iglesia de la Concepción

FOT. ZAPATA

El 21 del pasado Julio se celebró en Madrid, en la iglesia de la Concepción, la ceremonia de enlace de la bella y distinguida señorita Angelines Ezquerra con D. Santiago Sánchez Villa. Fueron padrinos la madre de la novia, señora viuda del ilustre doctor Ezquerra, y el ilustre político D. Francisco Bergamín. A la ceremonia asistieron numerosas y altas personalidades, testimoniando así su adhesión y su simpatía á los novios. A las muchas y entusiastas felicitaciones recibidas con motivo de su enlace por los nuevos señores de Sánchez Villa, unimos la nuestra, muy sincera y muy cordial, haciendo votos por que una eterna felicidad les acompañe.

LA MODA

REFLEXIONES DE UNA MUJER SENTIMENTAL

Yo hubiese querido vivir en Inglaterra en la primera mitad del siglo XVIII, ó, como suelen llamarla los ingleses, «la época de los Jorges», primeros reyes de la dinastía de los Hannover, cuyo amor al fausto y al derroche tanto escandalizó á los rígidos puritanos británicos de entonces. Llegóse en aquellos tiempos al encumbramiento del peluquero, maestro no sólo del arte del peinado, sino de la ciencia de conservar y aumentar la belleza de las damas y de los caballeros, que el sexo fuerte, en tal época, gustaba también de acicalarse.

Y... ¿qué mayor encanto que la visita diurna del gran hombre? Su charla entretenida y picaresca, su admirable colección de unguentos y cosméticos, pomadas y perfumes, de confección casera inspirada en recetas del mismísimo Oriente y aplicadas al cabello y la piel con tanta gracia como suavidad. Recetas en las que jugaban principalísimo papel el aceite de almendras dulces, el limón y la manzana, la crema de estoraque, la clara de huevo, la cera virgen, el agua de rosas y la púrpura. ¡Qué delicioso manual el que hacía comprar á sus clientes, y en el que se daban consejos acerca de la manera de desenro-



FEMENINA

Y la vida se nos complica cada día más. Hace unos años, dice la tía Adelaida, que sólo se necesitaba cambiar de traje tres veces al día. ¿Ahora?... Ocasiones hay en que yo varío de *toilette* seis veces en diez y seis horas, ó sea en el tiempo que estoy levantada.

Por la mañana, el traje de casa, de crespón ó seda lavable. A las once, el *trotteur*. Me acaban de traer uno delicioso de paño esponjoso, color ladrillo, falda estrecha y levita larga y muy holgada, adornado con respuntes en seda azul oscura que marcan el borde de la falda, el cuello y los amplios puños. A la una, un traje para almorzar, de *organdie* ó crespón de tonos delicados; á las tres, el de *tennis* ó *golf*, falda corta y *jersey* de seda de colores brillantes. A las seis otro de encaje ó *crepé marocain* profusamente bordado, para asistir á los numerosos tés que requieren nuestra presencia, y por la noche, uno escotado para la comida ó baile que cierre el día.

A cada traje ha de acompañar un calzado apropiado, y á los de calle, el sombrero, la sombrilla, el bolso y los guantes que convengan.

Y después del esfuerzo físico y económico que tal vida supone, aún se dice que la raza se halla deteriorada y que las gentes no tienen dinero...



Varios bellísimos modelos de sombreros y de trajes para verano, lanzados por reconocidas casas francesas de modas



dar y peinar el cabello, «evitar las caries», «poner los papillotes», «colocarse el pañuelo de la cabeza para dormir» y las cintas, las flores y el turbante!

El peluquero de antaño, aun cuando aseguraba tener prisa para que así pudiera suponerse que prosperaba su negocio, jamás se precipitaba en el cumplimiento de su deber. Al contrario de lo que ahora ocurre con los innumerables especialistas que se han repartido sus menesteres; el pedicuro, la manicura, el masajista, la peinadora y el perfumista; los que á más de no desempeñar más que un sólo oficio se valen de mil artefactos modernos que facilitan su trabajo, el secador eléctrico, el depilador, etc., etc. Realmente, hoy en día se ha convertido en una prueba difícil de resistir; lo que antes era grata ocupación, y, claro es, todas envejecemos prematuramente, que no hay cosa que haga encañecer con mayor rapidez que esta constante tensión de nervios en que vivimos.

Además, ¡aquellos eran peinados! ¡Qué trenzados y qué lazadas, qué bucles y qué diademas naturales!...

Yo, á veces, procuro imitarlos, y estoy mucho más bonita que con el cabello liso, como le llevo ahora, ó, por lo menos, tiene más *chic* mi belleza. Ciertamente que la novedad aumenta el atractivo. A lo que desde luego renunciaría es al «peinador» á la antigua usanza. No hay prenda más ridícula y antiestética que aquellos chaquetones semilargos de mangas voluminosas y excesivo adorno que vestían las elegantes para ir al tocador. ¡Cuán distinta á mi bata de crespón rosa desmayado que se pliega graciosamente á cada movimiento del cuerpo, y cuyo amplio escote y mangas perdidas deja entrever la línea graciosa de los hombros y los brazos torneados!

En cuanto al pañuelo de dormir, ¿qué duda cabe que se le ha substituido ventajosamente con las exquisitas gorritas de tul y encaje?



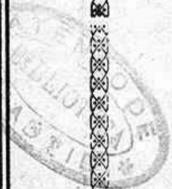
EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ARGENTINA



Ha abandonado España, después de una breve visita, el Presidente de la República Argentina, doctor Marcelo T. de Alvear. Aunque el protocolo oficial ha procurado que el homenaje rendido al ilustre viajero por los Poderes públicos alcance la adecuada y justa solemnidad, ha habido algo que sin duda contribuirá mucho más a estrechar los lazos entre ambas naciones. Y ello ha sido, registrémoslo con satisfacción extraordinaria, la acogida afectuosísima, cordial, plena de adhesión, no sólo a la alta personalidad que llegaba a la patria de sus antepasados, sino una demostración palpable, irrefutable, de

los sentimientos fraternales de España por los nobles hijos de América. Sean cualesquiera las consecuencias beneficiosas que de esta visita se deriven, y por ello hacemos votos ferventísimos, lo más grato de todo para nosotros es este nuevo lazo que fortifica la estrecha unión espiritual existente entre la Argentina y España, y que habrá de influir no poco en el restablecimiento de la quebrantada comunidad entre el nuevo y el viejo Continente. Que el viaje sea próspero al ilustre doctor Marcelo T. de Alvear y no menos próspera su etapa presidencial.

LAMARA-FOTO



—Esto no es extraordinario. A veces las personas se hablan años y años y creen conocerse, hasta que un día, de pronto, se conocen en realidad y se ven muy distintas de como se habían imaginado. Yo, después de lo que acabo de oír...

No dijo más; pero su silencio y sus ojos dieron a entender la emoción que habían producido en él las palabras de Elena.

Esta se levantó igualmente, aproximándose a Watson para tenderle una mano.

—Entonces, ¿acepta usted ser ese amigo que tanto necesito para continuar mi existencia?... ¿Quiere servirme de apoyo y de guía?...

Turbado por la mirada de ella, balbuceó el joven palabras truncadas, estrechando al mismo tiempo la mano femenina que se mantenía dentro de la suya. La marquesa acogió esta vaga aceptación con un regocijo infantil.

—¡Qué felicidad! Me visitará usted todos los días; me acompañará en mis paseos a caballo, y ya no me verá seguida por esos suspirantes pegajosos que me molestan continuamente.

Mostróse sorprendido Ricardo por la alegría de la Torrebianca. El no había prometido nada de esto; pero no se atrevió a protestar.

Como si no tuviese ya duda de que el joven iba a ser su acompañante, Elena empezó a reír, con una risa algo maliciosa.

—Además, en nuestros paseos me enseñará usted a tirar el lazo. ¿Cómo deseo poseer esa habilidad!...

Se dió cuenta inmediatamente de lo inoportunas que resultaban sus palabras. Watson había entornado los ojos, al mismo tiempo que su frente parecía oscurecerse, pasando por ella la sombra de un desfile de lejanas imágenes. Recordó la tarde en que Elena los había sorprendido cerca del río, a él y a Celinda, mientras ésta le enseñaba a tirar el lazo.

Elena, para repeler tal recuerdo, se aproximó más al joven, apoyando sus manos en las solapas de su blusa. Parecía querer mirarse en sus pupilas, al mismo tiempo que concentraba en los propios ojos todo su poder de seducción.

—¿Amigos de veras?...—preguntó con una voz susurrante—¿Amigos para siempre?... ¿Amigos por encima de la calumnia y de la envidia?

El joven se sintió vencido por el contacto y los perfumes de aquella mujer. El recuerdo de la ribera del río y las alegres lecciones de Celinda fueron desvaneciéndose. Hubo algo dentro de él que intentó resistirse todavía a esta influencia. Pasó por su memoria el recuerdo de las heroínas fatales de los libros. Hizo un movimiento como si fuese a decir «no», y llevó sus manos a las manos de ella para despegarlas de su pecho. Pero sus dedos, al sentir el contacto de la epidermis femenina, se inmovilizaron en voluptuoso desmayo para oprimir después, acariciadores, las manos de ella. Y como los ojos de Elena parecían implorar una respuesta a sus recientes preguntas, él hizo un movimiento con su cabeza: «Sí.»

A partir de este día Watson fué el único acompañante de la esposa de Torrebianca en sus paseos a caballo. Frente a la antigua casa de Pirovani se situaba un mestizo encargado de la caballeriza del contratista, teniendo de las riendas a una yegua blanca, con silla femenil.

Llegaba Ricardo a caballo, aparecía en lo alto de la escalinata Elena, vestida de amazona, y en el mismo instante se presentaba en la calle el contratista, como si hubiese estado oculto esperando una oportunidad para mostrarse. También iba a caballo, pero la «señora marquesa» se negaba a aceptar su compañía.

—Vaya usted a sus negocios, señor Pirovani. Mi marido dice que los descuida usted mucho, y eso me entristece... El señor Watson está más libre ahora, y me acompañará.

Acababa el italiano por aceptar tales palabras con cierto agradecimiento. ¿Cómo se interesaba por sus negocios esta mujer! No podía mostrar con más claridad la simpatía por todo lo referente a su persona. Además, el acompañamiento de Watson no podía inspirarle celos. Todos le tenían en el país por novio de la niña de Rojas... Y finalmente se retiraba, aunque de mal talante, para ir a visitar las obras del dique.

Otras veces, cuando ya estaba Elena en la silla, se presentaba Canterac, también a caballo, con el deseo de acompañarla. Pero Elena le acogía con signos negativos de su latiguillo.

—Ya le he dicho varias veces que no quiero más acompañante que mister Watson—le contestó ella una mañana—. Usted, capitán, váyase a trabajar en esa misteriosa y enorme sorpresa que me está preparando.

También Canterac aceptaba al ingeniero norteamericano como acompañante de la marquesa. Le parecía más tolerable que el odiado Pirovani.

Vió cómo se alejaban los dos jinetes, y aunque sentía un enojo sombrío, como siempre que le rechazaba Elena, procuró disimularlo, encaminándose después a la casa de Moreno.

Estaba el oficinista leyendo una novela junto a su ventana, y al ver a Canterac se acodó en el alféizar para hablarle de los trabajos realizados.

—Hay cerca de doscientos hombres y cuarenta carretas que ganan plata en lo del parque.

El ingeniero, siempre a caballo, escuchó las explicaciones que le fué dando Moreno desde su ventana.

—Le he quitado estos hombres a Pirovani ofreciéndoles doble jornal. Además, me he llevado todas las carretas que el italiano tiene contratadas y las que hay en Fuerte Sarmiento. Esto va a retrasar un poco los trabajos del dique; pero luego, usted por una parte y el contratista por otra, procurarán ganar el tiempo perdido.

Los hombres trabajaban a cinco leguas de allí, río abajo, en un lugar algo pantanoso, donde las crecidas habían hecho surgir un bosque de álamos y otros árboles. Apartaban los peones la tierra inmediata a los troncos, dejando al descubierto sus raíces. Luego cortaban éstas e inclinaban el árbol, haciéndolo caer en una carreta de bueyes, que emprendía lentamente su marcha a lo largo de la ribera, necesitando toda una jornada para llevar su carga hasta la Presa.

—Un trabajo largo y difícil—siguió diciendo Moreno—. Ayer estuve allá para verlo todo por mis ojos, y crea usted que la gente gana bien su plata.

Cerca de la Presa, en una planicie vecina al río, limpia de vegetación, otros peones abrían hoyos en el suelo. Al llegar las carretas con los árboles, levantaban éstos y los metían en los hoyos, amontonando tierra en torno para que se mantuviesen erguidos.

—Son árboles de algunos metros nada más; pero resultarán extraordinarios en este desierto donde no hay otros que puedan servir de comparación. Tenga la seguridad, capitán, de que la sorpresa va a ser enorme. Eso no lo puede discurrir el italiano.

Canterac aprobó con una sonrisa de satisfacción las últimas palabras.

—Va usted a gastar toditos sus miles de pesos—continuó Moreno—, y hasta puede ocurrir que al final falte algo de plata; pero tendrá usted su parque... Es verdad que el tal parque no le producirá nuevos gastos, pues al día siguiente de la fiesta los árboles tal vez estén secos y muertos.

Y el oficinista rió de la inutilidad de un gasto tan enorme, admirando y compadeciendo a la vez al ingeniero.

Mientras tanto, Elena y Watson marchaban lentamente a caballo por la orilla del río. Elena mantenía cogida una mano de él, hablándole afectuosamente, con una expresión maternal.

—Veo, Ricardo, por lo que me cuenta, que Robledo lo dirige todo y usted es a modo de un empleado suyo... No debía mezclarme en sus asuntos; pero todo lo que se refiere a usted me inspira tanto interés!... Yo no digo que el español cometa indelicadezas al repartir las ganancias del negocio; eso, no. Robledo es hombre correcto, pero abusa un poco de la condición de tener más años. Debe emanciparse usted de esa tutela, ó no hará el camino que le corresponda hacer por sí mismo, sin necesidad de tutores.

Ricardo había defendido la persona de su asociado desde las primeras insinuaciones; pero acabó por acoger, pensativo y ceñudo, sin una palabra de protesta, el último consejo de Elena.

Mientras los dos conversaban, balanceándose ligeramente con el paso lento de sus caballos, un jinete apareció y se ocultó repetidas veces en el fondo del paisaje, pasando de la orilla del río a las dunas de arena que las inundaciones habían dejado tierra adentro. Este jinete que se aproximaba ó se alejaba en un galope caprichoso era Celinda Rojas.

Elena fué la primera en darse cuenta de sus evoluciones, y sonrió malignamente.

—Creo que alguien le busca—dijo a Ricardo.

Este miró hacia donde ella señalaba, y al reconocer a la amazona, no pudo disimular cierta turbación.

—Es la señorita de Rojas—contestó, ruborizándose ligeramente—; una niña todavía, con la que tengo alguna amistad. Es como una hermana menor; mejor dicho, un compañero. No vaya usted a imaginarse...

La Torrebianca sonreía irónicamente como si no creyese en sus protestas, y acabó por decir, con una frialdad que apenó al joven:

—Vaya usted a saludarla para que no nos moleste más con su vigilancia, y venga luego a juntarse conmigo.

Después de estas palabras, dichas con el tono de una orden, hizo trotar a su caballo tierra adentro, por entre los ásperos matorrales, que se rompieron lanzando crujidos de leña seca. Inmediatamente Celinda dejó de evolucionar a lo lejos, llegando a todo galope al encuentro de Ricardo. Cuando estuvo junto a él le amenazó con un dedo, pretendiendo imitar la expresión ceñuda de un maestro que riñe a su discípulo. Luego habló con una gravedad cómica:

—¿No le he dicho más de cien veces, mister Watson, que no quiero verle con esa... mujer? Paso ahora los días enteros corriendo el campo inútilmente, y cuando al fin consigo tropezarme con el señor, lo veo siempre en mala compañía.

Pero Watson era ahora otro hombre y no acogió con risas su fingido enfado. Muy al contrario, pareció ofenderse por el tono de broma con que hablaba ella, y repuso secamente:

—Puedo ir con quien quiera, señorita. Sólo hay entre nosotros una buena amistad, a pesar de lo que algunos suponen equivocadamente. Ni usted es mi prometida, ni yo tengo obligación de privarme de mis relaciones para obedecer sus caprichos.

Celinda quedó absorta por la sorpresa, y él se aprovechó de esto para saludarla con brusquedad, alejándose después en la misma dirección que había seguido Elena. La niña de Rojas, al convencerse de que el norteamericano huía verdaderamente, hizo un gesto de cólera, al mismo tiempo que lanzaba palabras suplicantes:

—¡No se vaya, gringuito!... Oiga, don Ricardo; no se ofenda... Mire que esto sólo ha sido para reír, lo mismo que otras veces.

Como Watson fingía no oír y continuaba su trote, acabó ella por echar mano al lazo que guardaba en el delantero de la silla, y lo deslió para arrojarlo sobre el fugitivo.

—¡Venga usted aquí, desobediente!

El lazo cayó sobre Ricardo con exacta precisión, aprisionándolo; pero cuando Celinda empezaba a tirar de él, sacó el ingeniero un pequeño cuchillo, cortando la cuerda. Tan rápido fué este acto, que la joven, preocupada únicamente en tirar de su lazo, casi cayó del caballo al faltarle de pronto el apoyo de la resistencia.

Watson se alejó, sacándose el fragmento de cuerda que envolvía aún sus hombros. Luego la arrojó, sin volver la vista atrás. Mientras tanto, la niña de Rojas seguía recogiendo su lazo, que se arrastraba blandamente por el suelo.

Al llegar a sus manos el final de la cuerda, contempló tristemente su extremo cortado. Las lágrimas enturbiaron su visión. Luego, la hija de la estancia palideció de cólera mirando hacia las dunas, detrás de las cuales había desaparecido el norteamericano.

—¡Que el demonio te lleve, gringo desagradecido! No quiero verte más... Ya no te echaré mi lazo, y si alguna vez deseas verme, serás tú el que tengas que echármelo a mí... ¡si es que sabes!

Y no pudiendo resistirse más tiempo a la crueldad de su decepción, la niña de Rojas hundió la cara entre las manos, para que aquella tierra arenisca y aquel río impetuoso y solitario que tantas veces la habían visto reír no la viesen ahora llorar.

Llegó el día de la gran sorpresa preparada por Canterac. Los trabajadores, bajo la dirección de Moreno, colocaron los últimos árboles en la llanura inmediata al río.

Grupos de curiosos admiraban desde lejos estos bosques improvisados. De Fuerte Sarmiento y hasta de la capital del territorio de Neuquen iban llegando gentes atraídas por la novedad de tal fiesta. Algunos obreros tendían de tronco a tronco guirnaldas de follaje y clavaban grupos de banderolas.

Friterini, elevado a la categoría de *maitre d'hôtel*, había sacado de su maleta un frac algo apollado, recuerdo de los tiempos en que prestaba servicio como camarero auxiliar en hoteles de Europa y Buenos Aires. Preocupándose de la integridad de su pechera dura y su corbata blanca, daba órdenes a una tropa de mestizas del boliche que se habían convertido en servidoras y preparaban las mesas para la fiesta de la tarde.

Don Antonio «el Gallego» también se había transformado exteriormente. Iba vestido de negro, con una gruesa cadena de oro de bolsillo a bolsillo de su chaleco. El era de los invitados; tenía derecho a figurar entre los vecinos más notables de la Presa, representando al alto comercio; pero como la merienda había sido encargada a su establecimiento, creyó del caso trasladarse al lugar de la fiesta desde las primeras horas de la tarde, para convencerse de que todos los preparativos se desenvolvían con regularidad.

Entre los mirones situados al otro lado de una cerca de alambre se veían algunos gauchos, siendo uno de ellos el famoso Manos Duras. Después de la batalla ocurrida en el boliche, había vuelto tranquilamente al campamento para dar explicaciones. No negaba que algunos de los provocantes fuesen amigos suyos; pero todos eran mayores de edad y no iba a responder de sus actos como si fuese su padre. El estaba lejos del campamento al ocurrir

(Continuará en el próximo número)



Una pequeña cantidad de

PETRÓLEO GAL

empleada á diario durante un mes, es suficiente para evitar la caída del cabello.

FRASCO 2,50 PESETAS

CABALLERO



COGNAC

LA MARCA FLO

SAN SEBASTIÁN

GRAN CASINO DE ZARAUZ

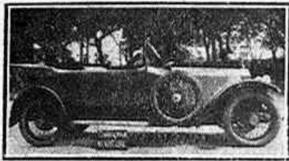
Delicioso panorama
Toda clase de recreos
Campo de Tennis

Todos los días conciertos en su hermoso Parque
Bailes en el espléndido Salón de fiestas del Casino

Durante todo el presente verano actuarán en
su teatro los principales artistas

CARROCERÍAS AUTOMÓVILES

Mendizábal
y Compañía



Paseo de Atocha, H
Teléfono 2424
SAN SEBASTIAN



Voy corriendo...

... a ver al Ingeniero
Coll' qui hace las mejores
instalaciones eléctricas
a precios los más mo-
derados.

1. P. TELAGARRA 51. Teléfono 19 86
SAN SEBASTIAN

BANCO GUIPUZCOANO

CAPITAL SOCIAL:

10.000.000 DE PESETAS

RESERVAS:

2.500.000 PESETAS

Sucursales en Tolosa ■ Irún
Vergara ■ Azpeitia ■ Eibar
Villafranca ■ Oñate ■ Pasajes
Azcoitia y Deva

Cuentas corrientes en pesetas,
francos y libras á la vista, abonando
interés al 2 por 100

Cartas de crédito. Giros. Depósitos.
Ordenes de Bolsa.

Emisión de

BONOS A VENCIMIENTO FIJO
devengando el 2½, 3 y 4 por 100
anual

Toda clase de operaciones de Banca,
Bolsa y Cambio



Vista parcial

Gran Hotel
Hispano
Americano

ABIERTO
RECIENTEMENTE
CON
GRANDIOSAS
REFORMAS

San Sebastián. - España

JOYERÍA Y PLATERÍA ALFONSO DE BLAS

Casa de confianza por su buen
gusto y economía de precios

Loyola, 3

SAN SEBASTIÁN

Construcción y
Reparación de
**CARROCERÍAS-
AUTOMÓVILES**
Especialidad
en carrocerías
de lujo



CARROCERIAS "BRIZ" Talleres
y oficinas:
ATOCHA Y EGUIA. Teléfono 1956 SAN SEBASTIÁN

SAN SEBASTIÁN

Grandes Carreras de Caballos

**1.500.000 pesetas
de premios**

27 Reuniones.—Del 9 de Julio al 1.º de Octubre

El Domingo 10 de Septiembre

Gran Premio de S. M. el Rey Don Alfonso XIII

550.000 pesetas

EL PREMIO MÁS GRANDE DEL MUNDO

